

Las demás palabras

Concurso de relatos en español
Primera edición



La historia
de una imagen

Editura Universității "Ștefan cel Mare"
Suceava

**Universidad “Ștefan cel Mare”
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español**

Las demás palabras

**Selección de relatos del concurso
Más que palabras**

ORGANIZACIÓN:

Universidad “Ștefan cel Mare” de Suceava
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español

Cătălina-Iuliana Pînzariu
Lavinia Seiciuc
Ramona-Olga Pohoățã
Alina-Viorela Varvaroi
Rubén Pérez García

MIEMBROS DEL TRIBUNAL:

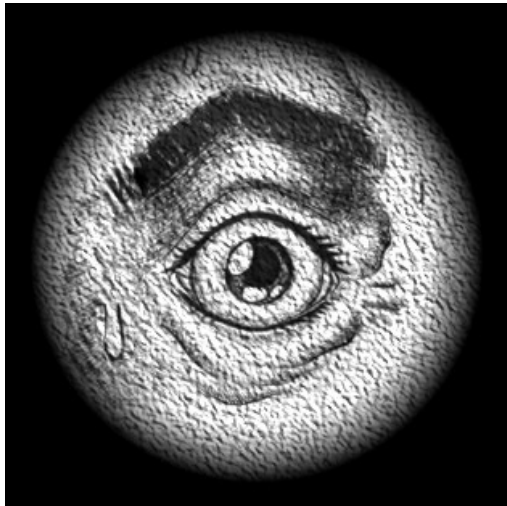
Prof. univ. dr. Mircea A. Diaconu, presidente honorífico

Sonia Sobral Vázquez
Lavinia Seiciuc
Octavio Pineda Domínguez
Rubén Pérez García

Diseño de portada y cartel: Ramona-Olga Pohoățã

Ilustraciones: Lavinia Seiciuc

Suceava



La historia de una imagen

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Unas palabras de agradecimiento..... | 7 |
| Detrás de la puerta (Ana-Maria Cristea, 1 ^{er} premio)..... | 9 |
| La ventana (Alexandra Andronic, 2 ^o premio)..... | 21 |
| Las amapolas rojas (Adelina Morhan, 3 ^{er} premio)..... | 27 |
| <i>Selección (por orden alfabético)</i> | |
| El ocaso de las vidas (Dona Bianca Dumitrescu)..... | 33 |
| El operario de limpieza (Anca Şpac)..... | 43 |
| El último atraco de Tony (Paul Răzvan Alexa)..... | 49 |
| El espantojo (Ştefan Gănescu)..... | 59 |
| La casa azul (Alina Leonte)..... | 63 |
| La herencia (Florentina Moroşan)..... | 69 |
| La sombra de un alma perdida (Alina Gavril)..... | 75 |

Unas palabras de agradecimiento

Un ojo. Una mirada de pánico o el despertar de un mal sueño. La expresión de la angustia o, quizás, el tormento de los fantasmas del pasado. Una sencilla imagen ha bastado para que los participantes del concurso “Más que palabras” demuestren una capacidad sorprendente para la creación literaria en lengua española.

Desde terribles sucesos acontecidos hace décadas, en *Detrás de la puerta*, la detallista recreación de los errores del pasado, en *La ventana*, hasta el original retrato de la memoria perdida, en *Las amapolas rojas*, los participantes han demostrado que los hablantes de español como lengua extranjera tienen mucho que decir en el desarrollo cultural del español en Rumanía. Son relatos que nos invitan a imaginar, a reflexionar. Nos animan a seguir trabajando, a involucrarnos en la enseñanza de la lengua y la cultura españolas.

El concurso de relatos “Más que palabras” es fruto de la colaboración entre instituciones educativas, y su éxito no habría sido posible sin este apoyo. Desde aquí, queremos agradecer a los liceos, colegios y universidades de Rumanía, y muy especialmente a los lectores y profesores españoles en secciones bilingües, su implicación en este proyecto. Del mismo modo, damos las gracias a la Embajada de España en Bucarest por su ayuda material, mediante la donación de varios libros para los premiados, y por su apoyo constante.

Queremos mencionar también a los miembros del tribunal, que han dedicado desinteresadamente su tiempo y esfuerzo a la evaluación de los relatos presentados: los lectores Sonia Sobral Vázquez (Timișoara), Octavio Pineda Domínguez (Cluj-Napoca) y Rubén Pérez García (Suceava); y la profesora universitaria Lavinia Seiciuc (Suceava).

Esta publicación recoge algunos de los relatos presentados y deja constancia de la calidad de los mismos. Todos los participantes son, sin lugar a dudas, protagonistas de este concurso y merecen nuestro agradecimiento y nuestra más sincera felicitación.

La organización del concurso

1^{er} Premio

Ana-Maria Cristea
Universidad “Alexandru Ioan Cuza”, Iași

Detrás de la puerta

En el barrio de Lacul Tei, en una calle estrecha y orlada por agujeros, Iacob Anghelescu, periodista en la oscura revista Oz, salía de su casa caminando con pequeños pasos. Aquel día empezaba la investigación para otro de sus fascinantes artículos: “Los fenómenos poltergeist de Bucarest”. Era el autor de la sección de fenómenos paranormales, por lo que, a lo largo del tiempo, había escuchado muchas historias sobre OVNIs, gente endemoniada, súcubos e íncubos, almas en pena y clarividentes. Las escuchó y las escribió, pero sin creer ni media palabra. Todos los años se prometía dimitir e ir de viaje a uno de aquellos lugares de la sección de turismo de la revista. Todos los años se rebelaba, para después regresar dócilmente a su trabajo. Así es como habían pasado casi diez años de su vida.

Ya sabía que en Bucarest existía un grupo de aficionados a los fantasmas y había quedado en encontrarse con uno de los miembros a las siete, en una cafetería bohemia. El hombre al que iba a entrevistar se llamaba Dragos Grozea, tenía un aspecto poco conformista y un aire hippie. En realidad era simplemente un arquitecto con pasiones poco habituales. Cuando se vieron, los dos se estrecharon las manos como verdaderos empresarios.

El encuentro comenzó bastante bien, ya que Dragos estaba de buen humor y hablaba mucho. Iacob trataba inútilmente de adivinar su edad. Era un enigma impenetrable. Al empezar la entrevista propiamente dicha, la química que se había creado entre ellos cesó. Cuando tocó el tema de los fantasmas, Dragos notó el brillo irónico en los ojos de Iacob. Se detuvo por un instante, para después pedirle una explicación, añadiendo que prefería la sinceridad y que no quería ser tomado por un tonto.

Tras tanta insistencia, Anghelescu admitió:

–Vale, tengo que reconocer que, pese a mi oficio, considero que estas cosas son infantiles. He escuchado tantas tonterías a lo largo del tiempo y he conocido a tantos supersticiosos, que ya no puedo escuchar este tipo de historias sin mostrarme escéptico.

Hablaron durante varias horas, cada uno aduciendo sus propios argumentos. A media noche tuvieron que dejar la cafetería. Dragos propuso dar un paseo. Caminaron largo rato, alejándose del café, y llegaron a una zona algo solitaria. Entonces el arquitecto le pidió a Iacob que se detuviera, porque quería mostrarle algo. Tras una larga espera, el periodista, que ya estaba fumando su cuarto cigarrillo, le preguntó impacientemente:

–¿No piensas decirme qué estamos haciendo aquí y a estas horas? Me estoy congelando.

–Espera un poco más y ya verás. ¿No querías tú escribir un artículo? Pues ya conocerás una fuente de inspiración –le contestó con una sonrisa maliciosa.

Iacob notó la expresión de su cara y la curiosidad y la inquietud empezaron a perforar su cerebro. Se sentía atrapado como en unas tenazas por un estado febril que no podía ahuyentar. Sus pupilas estaban dilatadas al máximo. Su pulso se aceleró terriblemente. “Este individuo debe de estar loco. Y yo, aún más que él. ¿Qué demonios estamos haciendo en Bucarest, a estas horas y en una calle tan aislada? Con el nivel de criminalidad que hay hoy en día, podríamos ser atacados en cualquier momento. Unos ladrones pueden aparecer y nos pueden pegar y llevarse todo lo que tenemos. Pueden incluso matarnos”. Su boca estaba seca. Sentía gotitas de sudor resbalando por su frente. “Eso sí que sería el colmo. El final perfecto para una vida de mierda.” Tal vez en aquel momento le hubiera sido útil creer en Dios. “Soy muy viejo para estas cosas...”

–¿Y cuánto más crees que tardará en producirse el gran acontecimiento? –le preguntó, riendo nerviosamente.

–Umm... Pues debería aparecer... ahora –dijo él, mirando hacia el final de la calle. Como manejado por un titiritero, Iacob se dio la vuelta hacia el mismo punto. Nada.

–Mira, si me has traído aquí para burlarte de mí...

–¡Chist! ¡Escucha!

–¿Qué?

—¿No oyes nada?

Aguzó el oído. Sí, sí, algo se oía. Algo como un zumbido. Paulatinamente el volumen del zumbido aumentó. Parecía un enjambre que se estaba dirigiendo hacia ellos.

—¿Qué es eso? —masculló Anghelescu.

Ninguna respuesta. El ruido era cada vez más claro y se percató de que se trataba del motor de un coche. Pero seguía sin ver nada. El coche invisible se acercaba y los latidos del corazón de Iacob parecían golpes de gong. El ruido se detuvo frente a la casa que se encontraba justo delante de ellos. Se oyó el chirrido de la puerta del coche, que fue cerrada de un portazo. Después sonaron unos pasos acompasados en el paseo. Parecía el modo de andar de un militar, con aquel ritmo específico, monótono. La calle seguía vacía, pero Anghelescu no podía dejar de mirar aquel paseo. Y después, silencio.

—Eh, ¿qué te parece? —le preguntó Dragos. Pero no le podía contestar nada, estaba despavorido.— Vamos, parece como si hubieras visto un fantasma y, que yo sepa, tu decías que los fantasmas no existían, que eran un mero producto de la superstición de la gente ingenua, bla, bla, bla.

Ninguna palabra.

—Vamos, te llevo a tu casa.

No pudo pegar ojo en toda la noche. El eco de aquella marcha siniestra lo estaba aplastando, le quitaba el aire. Decidió llamar de nuevo al arquitecto. Tras escuchar sus balbuceos, éste aceptó encontrarse con él en el mismo café.

Se sentía el olor seductor de la mañana. En la cafetería estaban solamente ellos dos y una pareja aburrida.

—Mira, para no hacerlo muy largo, quiero hablar de lo que sucedió la noche pasada.

El arquitecto sonrió calmamente.

—No sé qué es exactamente lo quieres saber. Explícamelo.

—Pues... —dijo Iacob, y después se detuvo como si de repente su mente hubiera sido absorbida, y ya no podía encontrar sus palabras.— Ya sabes lo que pasó. Estábamos solamente tú y yo, era muy tarde y... algo pasó. No puedo explicártelo. Sé que me llevaste allí con un propósito, tal vez querías darme una lección...

–Ah, no, ni hablar –lo interrumpió Dragos–. Lo que quería hacer era simplemente mostrarte que más allá de tu universo limitado, gobernado por hechos científicos, había algo más.

En el cielo apareció la primera nube.

–Es decir... Lo que oí no fue ni resultado del cansancio, ni una ilusión. Pero, ¿qué fue?

–Evidentemente un fantasma –contestó Dragos impasiblemente–. Uno de las decenas que aparecen por las calles polvorientas de Bucarest. Eso es lo que nosotros estamos investigando. Pensé que la mejor manera de convencerte de que no estamos cazando brujas ni hombres lobo era, digamos, presentarte a uno de estos espíritus. Creo yo que fue un método eficaz, ¿no? –preguntó riendo.

–Bueno, pero, ¿cómo lo encontraste?

–Ya te comenté que generalmente recibimos datos de diferentes personas. En la mayoría de los casos se trata de pistas falsas. Pobre gente supersticiosa a quien cualquier crujido le hace sobresaltarse. Desde este punto de vista ciertas personas siguen viviendo en la Edad Media. Les resulta más fácil achacar la culpa a los fantasmas que a un simple fenómeno físico.

–Entonces, puedes entenderme. Yo no puedo actuar como una abuela aterrorizada por una sábana que ondea en la noche. Me parece embarazoso.

–Bueno, pero lo que viste ayer fue más que un trapo ondeante y ya lo sabes.

–¿Sabes de quién o de qué se trata?

Dragos había acabado su café y la pareja ya había salido.

–Desafortunadamente, no lo pude averiguar –confesó el arquitecto con un aire de pena–. Traté de hablar con el anciano que vive en aquella casa porque estoy seguro de que él tiene la respuesta. Pero cuando llegué allí y llamé a la puerta, me vio por la mirilla y empezó a gritar que me fuera, porque él no abría la puerta a gamberros. Al día siguiente volví a intentarlo, pero entonces me amenazó con llamar a la policía si seguía molestandole. Qué le vamos a hacer. Por lo visto no causé muy buena impresión.

–Vamos a pedir la cuenta.

Salieron del café y caminaron un rato sin decir nada. De pronto, Iacob se detuvo y miró fijamente a Dragos:

–Gracias por las aclaraciones. Ya te llamaré uno de estos días para finalizar aquella entrevista.

Dragos le estrechó la mano y le sonrió.

–Buena suerte cuando interrogues al viejo. A ver si tú le gustas más.

–Pero, ¿cómo...? –empezó a decir Iacob.

–Digamos que mi intuición nunca me falla. ¡Suerte!

El arquitecto se alejó a grandes pasos. Iacob miró su sombra deslizándose por entre decenas de desconocidos.

En el camino hacia la casa misteriosa se percató de que le sudaban las palmas. No podía encontrar una razón lógica para su estado, solamente sabía que bruscamente se había despertado en él una llamada, una fuerza magnética que le atraía hacia aquel lugar. Tal vez era una tímida tentativa de salvar una existencia que hasta aquel momento había sido vacía, sosa, inaguantable. Analizando su pasado, se daba cuenta de que había sido no sólo un periodista mediocre, sino que –y eso era incluso más doloroso– había sido un ser humano mediocre. Había escrito miles de historias sobre gente especial, que vivía fuera de la esfera de lo normal y él ni siquiera se había ido de camping durante un fin de semana. No tenía amigos. Lo único que tenía era un gato rojizo y una pila de artículos escritos sin mucho entusiasmo. No era precisamente una herencia envidiable.

Las nubes grisáceas ya se iban amontonando y el periodista empezó a darse prisa. Cruzó la calle, intentando rehacer mentalmente el camino recorrido el día anterior. Recordaba vagamente un parque pequeño, casas antiguas y una alambrada. “Aquí está.”

Se detuvo frente a la mirilla, carraspeó y empezó a buscar su carné de periodista. “Un simple pedazo de cartón, sí, pero es mejor que nada.”

Tocó el timbre. Otra vez. Arrastre de zapatillas y tos de anciano.

–¿Quién es? –se oyó detrás de la puerta.

–¡Buenos días! Me llamo Iacob Anghelescu y me gustaría hablar con usted un momento. Soy periodista y quiero...

–En mi vida he oído tu nombre –le interrumpió el anciano sádicamente–. No sé a quién buscas, pero dudo que se trate de mí. ¡Adiós!

–Espere, le aseguro que no se trata de ninguna confusión. Quiero hacerle unas preguntas, ¿sabe? Yo estoy escribiendo un artículo y usted me ayudaría mucho. Es muy importante para mí. Por favor –suplicó Iacob–. Incluso estoy dispuesto a pagarle –mintió desesperadamente.

El anciano vacilaba. El trueno que se escuchó a lo lejos acuchilló el momento de silencio.

–¿Tienes algún documento de identificación? A ver si no resultas ser un ladroncillo.

Angelescu respira aliviado.

–Mire, éste es mi carné de periodista –dijo colocándolo ante la mirilla.

Se oyó el ruido de las llaves y de los tres cerrojos. En el umbral apareció un viejecito con un fez torcido y una bata carmesí con los bordes gastados. Lo escudriñó detenidamente y después le dijo:

–Anda, pasa, pasa.

La casa olía a tiempo estancado y hojas envejecidas. El pasillo era muy oscuro y Iacob siguió al anciano más bien a tientas. Entraron en un salón bastante pobre, pero repleto de libros. La biblioteca que ocupaba una de las paredes parecía a punto de derrumbarse bajo el peso de los tomos.

–Tiene usted una biblioteca absolutamente impresionante –dijo Angelescu con admiración.

–Sí, no eres el primero en notarlo –replicó el anciano sin mucho entusiasmo–. Anda, siéntate –le dijo, indicándole uno de los sillones color escarlata que se veían en un rincón de la habitación.

–Muchas gracias, es usted muy amable.

Se sentaron los dos. El anciano ajustó su fez y se colocó unas gafas sobre la nariz. Obteniendo de esta forma una mejor perspectiva sobre Angelescu, volvió a analizarlo, arqueando sus cejas pobladas y achicando los ojos. Gruñó algo para sí y después le dijo:

–¿En qué revista trabajabas tú?

–En la revista Oz.

–En mi vida he oído ese nombre –negó con la cabeza el dueño de la casa–. Pero no me extraña. No suelo leer esta basura que se publica hoy en día. Es un mero espejo de nuestra degradación como seres humanos, de la auto–humillación que

practicamos con serenidad. Temo que estemos involucionando hacia el estatus de simples bestias.

Angelescu no supo qué contestar. Tragó saliva, carraspeó y trató de encontrar una manera de abrir la conversación sobre el espíritu misterioso. Empezaba a dudar del éxito de su visita, de las razones que le habían traído allí y, claro, dudaba también de sí mismo.



–Mira, yo no tengo tiempo que perder, así que dime de qué se trata –le precipitó el anciano.

–Sí, sí...Ve usted, yo estoy escribiendo un artículo sobre los fenómenos paranormales de Bucarest y...

Un brillo extraño apareció en la mirada de su interlocutor.

–Te escucho– se oyó.

—...y la noche pasada estaba pasando casualmente por esta zona y noté unos hechos muy curiosos justamente frente a su casa.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Sé más explícito!

—Quiero decir que era muy tarde por la noche...

—¿Y qué hacías por aquí tan tarde por la noche?

—Pues... Estaba regresando de la casa de un amigo que vive aquí cerca —mintió el periodista—. Y al pasar por el otro lado de la calle, fui testigo de un acontecimiento muy extraño. Oí un ruido de coche, pero la calle estaba vacía. Sin ninguna duda, sin embargo, se oía el motor de un vehículo que se estaba acercando. El coche invisible se detuvo justo frente a su casa, después alguien descendió y se dirigió con pasos firmes hacia su puerta. Pero, le vuelvo a decir que todos estos ruidos tenían una fuente invisible, como si se tratara de... un fantasma —concluyó Anghelescu.

—Quizá estabas borracho —vino una réplica rápida—. Yo no te voy a juzgar, todo el mundo suele pasarse a veces.

—Pero señor... discúlpeme, ni siquiera conozco su nombre.

—Alexandrescu. Petru Alexandrescu.

—Señor Alexandrescu, le aseguro que estaba bien sobrio. Todo lo que yo experimenté fue de lo más verdadero, no una alucinación, ni algún tipo de distorsión de la realidad. —Iacob lo miró fijamente—. Algo me dice que usted sabe perfectamente de qué se trata, pero no me lo quiere contar. Puede negarse a contestarme, pero, por favor, no me insulte.

El anciano sacó lentamente sus gafas y las limpió con un pañuelo que tenía en uno de los bolsillos. Después volvió a colocárselas sobre la nariz.

—¿Por qué te interesa tanto este tema? Estoy seguro de que puedes encontrar otras historias para tu artículo.

—Tal vez sí, pero ve usted, yo mismo viví este hecho, clavó los colmillos en mi memoria y siento que no voy a poder encontrar la paz hasta descubrir la verdad. Le digo con toda sinceridad que el artículo en sí dejó de tener importancia. Así que, por favor...

Alexandrescu se incorporó sin decir palabra y se dirigió hacia el pequeño escritorio. Siguiéndolo con la mirada, Iacob notó que afuera había comenzado a llover a cántaros y que el agua chorreaba por la ventana. Era verdaderamente el tiempo más adecuado para contar y para hacer confesiones.

El viejecito sacó una caja de uno de los cajones y volvió a dirigirse hacia los dos sillones, con el mismo arrastre de zapatillas. Se sentó, sacando un gemido que Anghelescu achacó a los problemas de la vejez. Levantó la tapa de la caja, ajustó sus gafas y empezó a buscar algo, frunciendo el ceño. De repente, exclamó algo ininteligible y le ofreció al periodista una foto amarillenta.

–Mira, éste era yo en 1955. Estaba frente a la residencia con mis compañeros, en el mismo lugar donde un año más tarde gritábamos juntos que queríamos libertad y que se fuesen los bolcheviques de nuestro país.

–Ah, es decir, usted participó en los movimientos estudiantiles del 56.

Alexandrescu sonrió y le preguntó:

–¿Te gusta la historia?

–Recuerdo solamente un documental que vi hace tiempo en el que se hablaba sobre estas protestas. Pero admito que no hice otras investigaciones después.

–Entonces sabes lo que pasó aquel año –continuó el anciano con voz temblorosa.

–Vagamente, sí.

–Pues te voy a refrescar la memoria. Los comunistas nos arrastraron a sus furgones miserables, nos llevaron a la cárcel donde nos pegaron con palos, nos escupieron y nos humillaron. Simplemente nos pisotearon. Nos preguntaban si todavía exigíamos la libertad y nos llenaban el cuerpo de llagas y moretones. Todos acabamos meando sangre por culpa de los golpes. Nos reducían al estado de meros gusanos. ¡Era inimaginable, te digo! –gritaba Alexandrescu con los ojos casi fuera de las órbitas y con sus manos temblorosas alzadas.

Iacob se sentía más y más crispado mientras el anciano, algo más tranquilo, continuó:

–Probablemente me consideras otro de esos viejos decrepitos que aprovechan cualquier oportunidad para quejarse de los horrores del comunismo. Quizás crees que soy algún senil que remite todas las conversaciones al mismo tema obsesivamente, porque aparentemente no existe ninguna conexión entre lo que tú quieres saber y lo que yo te conté. Pero, mi querido periodista, la conexión sí existe. Sabes, la vida es muy extraña. Vanamente tratan los científicos de encontrar una explicación lógica para la manera en

que las cosas acontecen. Créeme, la ciencia es inútil. El mundo es caos, no orden. Así es como lo normal puede llegar a ser anormal, los asesinos de hoy pueden ser los héroes de mañana, el hombre civilizado se puede convertir en bestia que desgarrar. El mundo es tan absurdo que es muy posible que, muchos años después de su liberación, un antiguo preso sea visitado por su torturador y que el sádico general encuentre su final justo frente a la puerta del preso. Y que después, lo que es el colmo del absurdo, el espíritu de aquel desgraciado regrese a aquella casa, año tras año. La escena se vuelve a representar, mi querido, todos los años. El coche del general llega, se detiene frente a la casa. Él cierra la puerta de un portazo, atraviesa el paseo y camina hasta la puerta. No entra nunca. Porque ni cuando estaba en vida entró. Le dio un infarto justamente cuando estaba a punto de tocar la puerta.

—Pero, ¿por qué había venido? ¿Y cómo sabía dónde vivía usted? ¿Por qué la visita después de tanto tiempo? —preguntó el periodista ansiosamente.

—La respuesta a todas tus preguntas es la misma: no lo sé. Yo estuve en la cárcel durante ocho años. Tras mi liberación, traté de rehacer mi vida y olvidar. Pero estas cosas nunca se olvidan. Me preguntaste cómo sabía donde vivía. Pues es bastante simple, creo yo; para ellos no existían secretos. Sabían hasta qué comiste para la cena. Me vigilaron durante mucho tiempo, ya lo sé. Pero el motivo de la visita sigue siendo un misterio. Después de la muerte del torturador, volvieron a interrogarme y a pegarme. Pronto, sin embargo, se dieron cuenta de que nada tenía yo que ver con su muerte y me dejaron en paz. Nunca más volvieron a buscarme después.

—No obstante... después de haber notado las apariciones del espíritu y sabiendo de qué se trataba, ¿por qué no se mudó? ¿No le molestaba? ¿O no sentía usted miedo?

—Umm —dijo el anciano bajando la mirada—. El miedo ya no tiene el mismo sentido para mí. Conviví con este sentimiento durante ocho años, segundo tras segundo. Ya no tiene la misma fuerza sobre mí. No, no tengo miedo y nunca pensé en mudarme de mi casa. ¿Sabe por qué? —le preguntó fijándolo con su mirada ardiente.

—¿Por qué? —preguntó automáticamente Iacob.

–Porque sé que está sufriendo. El pobre torturador es el que está torturado ahora. No encuentra la paz y no la encontrará jamás. Y es el peor castigo que podía haber recibido. Quizás los roles se intercambiaron y soy yo el sádico, soy yo el que se exalta al ver los sufrimientos de otro. Una actitud reprobable, dirían algunos. Pero ellos no conocieron mi realidad y no vieron el infierno. Yo sé que todos tenemos un torturador bien escondido dentro de nosotros. Lo tenemos encadenado, porque no lo queremos dejar libre, no queremos mostrar que podemos ser menos humanos. Él continúa existiendo, sin embargo, bajo todo ese estrato barnizado de civilización. El mundo es muy absurdo, mi querido periodista. Así es como lo normal puede llegar a ser anormal, los asesinos de hoy pueden ser los héroes de mañana, el hombre civilizado se puede convertir en bestia que desgarrar –repitió Alexandrescu bajo la forma de una incantación.

Iacob sacó de su mochila un bolígrafo y una hoja. Cuando el anciano le preguntó para qué las necesitaba, él respondió con serenidad:

–Voy a escribir un artículo.

2º Premio

Alexandra Andronic
Colegio Nacional "Iulia Hasdeu", Bucarest

La ventana

Aquel día el señor Yukimura decidió quedarse en casa. Era sólo un día monótono, otro de esos que te agotan, esos en los que la languidez de las manecillas del reloj parecen de otra dimensión temporal, una donde los segundos saben tomarse su tiempo, riéndose de los desdichados condenados a vivir. En ese estado de ánimo se había despertado el señor Yukimura por la mañana, cuando tomó la decisión de permanecer en su nido. Poco sabía del hecho de que los dioses de la muerte se habían ya jugado a los dados sus días insignificantes como mortal.

El señor Yukimura se despertó de su sueño gris por el aguacero que estaba golpeando sus ventanas. Poco después, la lluvia se esfumó, dejando al viejo hombre sumido en el pensamiento de que hasta la naturaleza se estaba burlando de su aburrida vida. El agua que había quedado en el canalón empezó a gotear sobre su veranda. El sonido resultante era pesado, y el hombre se sentía como si se encontrara sometido a la "gota de agua china". Recordó el libro que leyó hace mucho tiempo sobre métodos de tortura. Seguramente, el goteo de agua era el más eficaz cuando se perseguía el deterioro psicológico de alguien. Intentó recordar cómo se sonreía, pero sus músculos faciales protestaron, así que se conformó con dejar escapar un suspiro y quedarse inmóvil delante del espejo. En aquel instante notó que sus múltiples arrugas parecían ahondarse en su cara de pergamino. En aquel ambiente macabro de una mañana fracasada, el señor Yukimura se preguntó por qué su rostro estaba tan oscuro. La respuesta se la dio el cuadro negro de la ventana. El sol aún no había salido. El viejo estaba sumido en olas de noche.

De repente, un sonido débil se coló entre las moléculas del aire y al hombre se le heló la sangre en las venas. Lo que oyó era una especie de gemido, salido de la profundidad de la tierra. “No, mis oídos están engañándome, eso no puede ser... Ya no puedo estar seguro de nada a mí alrededor, nada tiene una forma definitiva, mi mente tampoco. Esperaré a que ese vértigo se pare y el mundo vuelva a los contornos que me agobian, pero que totalizan mi ser y que no puedo arrancar de mi cerebro sin dejarme una legumbre emocional.” La respiración del hombre volvió a su ritmo natural, por lo menos al que era normal para un viejo decrépito. Por alguna razón, sus ojos se clavaron en aquel espacio con cristales de la pared, que parecía el portal a una dimensión a la que el viejo no quería acceder. No obstante, sus glóbulos oculares no dejaban de mirar cada línea del agujero negro que había dejado entrar aquel gemido. El señor Yukimura se trago un nudo y, muy despacio, dio la vuelta a la ventana. Intensos escalofríos recorrían su espalda y el hombre se sintió vulnerable. Le parecía que unas garras maléficas se estaban acercando a su carne expuesta a la voluntad de la dimensión del otro lado de la ventana. Tiritando, el viejo se deshizo de sus pensamientos fúnebres y se dijo que ya era tiempo de dejar de actuar como un insensato y volver a la razón. En este instante, un nuevo gemido le golpeó el tímpano, y aquel sonido pareció amplificarse en la cabeza del hombre como las ondas en el agua chocando contra su cráneo.

“No puede ser sólo mi imaginación. Algo ocurre en algún lugar y el universo parece pedirme que sea testigo.” Con sus músculos endurecidos, el hombre se quedó de pie en mitad de aquella habitación maldita, intentando establecer orden entre su lado racional y el absurdo. Esos días, el hombre ya no estaba seguro de sus facultades mentales, ya no sabía si el peso de su vida monótona había aplastado o no sus instintos primordiales. Pero su voluntad de saber ganó y los pies del hombre empezaron a deslizarse hacia la ventana, cuya fuerza gravitacional aumentaba con la proximidad. El hombre levantó una mano blanca y temblorosa y prendió la tela de la cortina. De un movimiento brusco, la apartó y se tragó toda la oscuridad que parecía invadir la habitación.

Pero nada. No había absolutamente nada delante de él. Sólo el jardín siniestro y una calle vacía. Desconcertado, el hombre volvió a dudar de su estado de conciencia cuando una pequeñita luz

captó su atención. Lejos, envuelto en la niebla, había un edificio, cuyos contornos negros se proyectaban temblorosos sobre la cortina de la noche aún poderosa.

Hipnotizado, con la mirada fija sobre aquella visión, el viejo dejó que sus pasos lo llevaran hacia allí. Caminó por el frío de la noche, por las piedras despiadadas y, sin embargo, el señor Yukimura no sintió nada, su cuerpo ya se había hecho inmaterial. Al fin de una vereda que se abría y se cerraba con su pasaje, el hombre se encontró delante de una fábrica derruida. El edificio no tenía nada de especial, pero algo le llamaba desde dentro, algo que no podía identificar.

A continuación, dirigió sus pasos por el vestíbulo, mirando las sombras extrañas que había en las paredes que aún permanecían en pie. “¿Para qué habré yo venido aquí?” El viejo no fue capaz de encontrar la respuesta, por mucho que reflexionaba.

De repente, el movimiento de un humo blanco delante él le hizo dar un paso atrás, pero su cuerpo quedó suspendido en el vacío, atraído por una fuerza desconocida hacia el espectro que formaba el humo revoloteador. Poco a poco, una imagen surgió y la figura de un hombre empezó a dirigirse hacia Yukimura. Un diluvio de recuerdos se despeñó sobre el pobre viejo, cuyo cabello emblanqueció en unos instantes. Yukimura empezó a balbucear palabras sueltas, sin un sentido particular. “Fuego... dejé... miserable vida...” Parecía que estaba poseído por una especie de hipnosis atemporal. Ante sus ojos, surgidos de los abismos de su subconsciencia, recuerdos empezaron a correr y a fusionarse en una película macabra.

Era un día como muchos otros y el joven Yukimura había empezado su turno en la atalaya de la fábrica. Los minutos transcurrían cómo siempre. Nada fuera de lugar parecía anunciar el porvenir fatal que esperaba desencadenar la danza del infierno entre aquellos hombres que esperaban finalizar otro día pacífico de sus vidas.

Eran las siete en punto. Un poco más y las puertas de la fábrica cerrarían un nuevo día pasado allí. El viejo Yukimura se acordaba del tiempo sórdido que tuvo que aguantar en la fábrica. Un momento.... ¿Fábrica? Algo no le sonaba bien. El joven Yukimura nunca vio mercancías saliendo por las puertas. Sólo camiones blindados entrando acompañados de guardias. De repente, una

palabra apareció en su mente. “Contaminación”. Sólo eso, nada más. El señor Yukimura no tenía ni idea del significado, pero su carne tembló al recordarla. El hecho era que, en aquella fábrica, se producían armas biológicas de alto riesgo. La orden fue clara. “En caso de contaminación, nadie sale vivo del edificio.” Ese era el trabajo del encargado de las puertas. No abrirlas de ninguna manera si la alarma sonaba. Y la alarma sonó. Y con ella sonó el corazón de Yukimura, que se partió en dos al saber lo que estaba a punto de ocurrir. Con el cierre de las puertas la vida del joven Yukimura acabaría desgarrada. Pero supo que ya no había más tiempo para reflexionar sobre aquello. Con el sonido de la alarma corriendo por sus venas, Yukimura pulsó el botón que cerró las puertas sobre el infierno terrestre. Empezaron a oírse gritos por todas partes. Temblando violentamente, el joven Yukimura se desmayó. Al abrir los ojos, lo único que pudo ver eran unas ruinas quemadas. Muros derrumbados, pintura chamuscada y huesos que parecían haber brotado desde el campo de hierro inútil que yacía fundido por todas partes. Ya, así que pasó de todos modos, a pesar de las drásticas medidas que habían sido tomadas. Claro, el mundo no sabrá nunca que fue lo que pasó en aquel lugar remoto. Borrar toda evidencia en caso de fracaso y dejar al mundo sin saber nada. La ignorancia es una bendición, ¿verdad?

El viejo Yukimura deslizó su mirada hacia un pedazo de metal dorado. Una letra marchita se podía distinguir en aquel mechero. Una Z. El viejo hombre sintió una punzada de dolor en el corazón y se agachó para cogerlo. Pero el contacto con el metal le produjo hormigueo en la palma de la mano. El hierro abrasaba, casi como si estuviera guardando el sufrimiento ardiente de innumerables almas. El viejo Yukimura dejó caer al suelo pardo el mechero de uno de sus amigos, Zabimaru. Rápidamente, dio la vuelta a la fábrica y echó a correr sin mirar atrás, sin querer ver la ilusión detrás, que se distorsionaba y se estrechaba para agarrarle.

El hombre se despertó en su cuarto insípido, con el pijama pegado al cuerpo por la transpiración. Su corazón estaba errático y su garganta parecía estrangularlo ella misma, con voluntad propia. Menos mal que todo había sido un sueño. La mente de los viejos con almas pesadas sabe seguramente cómo burlarse de la gente, como atormentarla. Yukimura no quería recordar el sueño, pero unas imágenes sueltas aparecían en una danza macabra, que volvió

al hombre medio loco. Empezó a reír dementemente. El viejo gritaba entre carcajadas. “No, eso no puede ser. Estoy loco de atar. Hacer tanto caso a una pesadilla ordinaria. Soy un hombre con experiencia de vida y buen uso de razón. A esta edad, temblar por un sueño, qué vergüenza”. Satisfecho consigo mismo, el hombre se vertió agua en un vaso y empezó a beber con tragos lentos, despacito, como para eliminar cada huella de la noche pasada.

Unos rayos de sol entraban tímidos por la ventana y desde fuera se podía oír el viento soplar tranquilamente entre las hojas de los árboles. La naturaleza emanaba una normalidad casi palpable, lo que complacía al hombre. “Así, así está muy bien. Vivir una vida plana y morir cuando las células de tu cuerpo se hayan hartado de estar contigo. Línea recta hasta la muerte.”



Una oleada de viento entró por la ventana, inflando las cortinas. “¿He dejado la ventana abierta?”, pensó Yukimura con asombro. Al mismo tiempo que su mente procesaba esas palabras, la oleada lo alcanzó. Los pelos de sus brazos se erizaron, porque la

oleada era muy fría, tanto que habría podido congelar hasta el último soplo de vida en los labios. Con la sangre helada en sus venas, el viejo se volvió cautelosamente hacia la ventana. Levantó un pie, lo movió hacia adelante y lo dejó caer con gran esfuerzo sobre el suelo. Al levantar el segundo pie, el hombre sintió una necesidad casi dolorosa de que el suelo se volviera en una marisma, atrapandole allí. Pero el cuarto quedó impertinentemente normal. Así que el hombre continuó su camino hacia la ventana. Llegado allí, alzó una mano y corrió la cortina a un lado. Sus ojos se encontraron con un cielo de un rojo sangrante, y con los contornos oscuros de las casas de al lado. Cuervos volaban por el aire infecto, graznando una canción funeraria. En aquel paisaje salido del infierno, Yukimura percibió un brillo dorado. Era el mechero de su amigo. Se acercó y lo miró atentamente. Sí, estaba seguro de que aquella masa de metal era un pedazo de la memoria de un hombre honrado que trabajó en una fábrica desconocida. Los ojos del viejo Yukimura se quedaron fijos examinando el mechero con una fascinación intensa. De repente, una cabeza amorfa emergió en la mitad del aire, los ojos en llamas. La aparición repentina lo cogió por sorpresa. Su cuerpo quedó paralizado y una gota de sudor se deslizó por sus sienes. Aquellos ojos de amigos parecían imputarle todos los pecados de su vida endeble.

Unos días más tarde, la policía encontró el cuerpo sin vida del señor Yukimura. Había sufrido un infarto. En la veranda yacía un mechero dorado.

3^{er} Premio

Adelina Morhan
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

Las amapolas rojas

No fue una caza con ganancia fácil. Al final, no consiguió nada... ¡miento! Su recompensa fue su locura. Después del accidente de Abigail, él no pudo regresar a vivir su vida de manera normal. Cada día su angustia aumentaba aunque su memoria estaba muerta. No dormía. No lloraba, pero hablaba con los que se aparecían frente a él. La habitación no era la de siempre: las paredes verdes se habían vuelto blancas y lo que le molestaba era la ausencia de una ventana grande. Le gustaba mucho mirar el cielo, pero una claraboya no era suficiente; no sabía por qué, era simplemente un instinto eso de perder el tiempo mirando.

Muchos decían que su destino era bastante amargo. Olvidar tu identidad, tu profesión, tus raíces: ¡qué golpe tan duro! Sin embargo, él mostraba mucha sensatez para un hombre en su estado, aunque no tenía con qué vincular su esperanza y aunque debía lidiar con todo, y al mismo tiempo con nada, las cosas parecían muy serenas. Las horas, el tiempo, tan precioso anteriormente, corría ya muy despacio. Sus largos paseos en el jardín, cuando se le permitían, los ratos en los que estaba solo, valían la pena, es decir, tenían un sentido, el de disfrutar el presente. Podríamos decir que hacía novillos... pero de su propia vida.

Durante el día recibía bastantes visitas. Mujeres vestidas de blanco le servían platos y le preguntaban cómo se sentía. La respuesta era casi siempre la misma y, después de darla, la conversación se convertía en algo maravilloso para ellas. Ya sabían que no se trataba de un paciente cualquiera. Él era el Narrador. Ellas proponían un tema y después escuchaban la historia. Ni siquiera él era consciente de dónde venía su inspiración. No conocía

a sus personajes. Sabía que era suficiente mencionar algo para que la historia se desarrollara. Las mujeres observaron que en sus cuentos, el paciente hacía referencias a varios tipos de música o compositores y lo que les atraía era la nota diáfana y la manera de contar. Por supuesto, sabían también que no debían exagerar ni esperar que el narrador estuviera de buen humor todo el tiempo. Y no podían hablar de violencia en su caso, sino de unas turbulencias de comportamiento. Cuando paseaba en el jardín y miraba las flores o el cielo, las mujeres no le molestaban.

Esos eran los días cuando venía su invitada favorita. Aunque aparecía de vez en cuando, no la conocía. Con ella, el protocolo era diferente. No hablaban. Solamente se miraban y paseaban juntos. Ella dirigía el camino y las paradas. Le parecía muy familiar su aroma de alhucema. Observó que a la mujer le gustaban las amapolas porque cada vez se paraba en el mismo lugar para admirarlas. Estaba seguro de que los demás no la podían ver, pero esto no le molestaba para nada. Al contrario, esos encuentros, a escondidas, eran lo que más esperaba. Nunca sabía cuándo iba a verla. Algo muy raro sentía en los pocos ratos que ella aparecía. Se perdía en sus ojos de color cerúleo y sentía una seguridad especial.

Obviamente, desde el accidente, es decir, desde las exequias de su corazón, ya no conocía el significado de la palabra *amor*. Abigail era la que podría hacer de cada idealización una realización. Su alma era la de una artista y amaba las cosas del pensamiento, más al crearlas que al disfrutarlas. Era otoño de 1978 cuando se conocieron. La exposición de los cuadros de Abigail le impresionó mucho. También el lugar donde fue la manifestación tuvo que ver con el acercamiento de los dos. Fue entonces cuando él se enamoró del campo, del té de manzanas, de la hora del sueño y de ella. Se trató de un amor totalmente incurable. Dos seres especiales que percibían las cosas de la misma manera, temblaban frente a la belleza, y se entendían. Cada uno tuvo su propia libertad en cuanto a la profesión.

Veinte años después, la temperatura veraniega seguía presente en sus almas. Ambos pusieron dedicación en sus trabajos: él amaba el piano y ella el pincel. En cada una de sus decisiones se dejaban guiar por la pasión. Pero ese sentimiento se transformó brutalmente en una desventaja. Aunque formaban una pareja

especial, en su relación no gobernaba solamente la armonía. Más que eso, para llegar y abrazar un cierto estado de ánimo, los mejores amigos de Abigail eran los cigarrillos de opio. La exposición de sus más recientes cuadros, el matrimonio, su vida, acabaron en humo y silencio.

Cuando él vino para mostrar la última composición que debía formar la banda sonora del evento, no descubrió más que un caballete, un cigarro ardiente y unos ojos cerrados para siempre. Su mente empezó a zigzaguear y una mezcla de deseos, de pensamientos, de recuerdos andaban libres: ese día de octubre cuando se conocieron, la fragancia de su pelo, las vacaciones en el campo, el chalet, el matrimonio, el piano negro ubicado en el comedor, la sonrisa de Abigail y sus manos siempre sucias de colores pero llenas de amor.

El dolor aumentó aun más al recordar a Alejandra, la pequeña de pelo rizado, cuyos ojos eran de color cerúleo, parecidos a los de su madre.

Ese fue el momento en que el silencio acaparó su mente.

A primera vista, esa parece ser una definición de la mala suerte. Situado en una habitación que no le era familiar, con paredes blancas y no verdes, sin cuadros y sin ventana, él vivía en ignorancia. No podía maldecir ni el dolor, ni la ausencia, a causa del silencio y de la muerte de su memoria. Raros eran los momentos de preguntas. La que despertaba dudas en su mente era ella, la aparición misteriosa con la que paseaba en el jardín. Aunque, de hecho, no se trataba de dudas o de preguntas, sino de un cambio en su estado de ánimo, de la inseguridad al bienestar.

Siendo el Narrador, es decir un paciente con privilegios, las mujeres de blanco le daban permiso para pasear de vez en cuando de noche, conociendo su atracción por el cielo. En resumidas cuentas, cada historia narrada a las mujeres traía un largo paseo, una oportunidad para admirar y para verse con su invitada favorita – la aparición misteriosa–, claro, cuando ella decidía dejarse ver. Como no apreciaba el tiempo, sino su bienestar, sus acciones se desarrollaban entre contar cuentos, paseos y ratos de silencio con la dama enamorada de las amapolas.

Él no veía ninguna alevosía del destino y se limitaba a las simples dudas con respecto a la invitada. El gran mérito de la muerte de su memoria era la sencillez del pensamiento. En su

cabeza no existían hipótesis ni preguntas. ¿Por qué se beneficiaba de un tratamiento privilegiado? ¿Por qué se encontraba con la misteriosa dama? ¿Por qué no le hablaba nunca? O... ¿quién era él?



Ninguna de estas cosas solía ser vital para él. No importaba su edad. ¿Por qué tener en cuenta sus sesenta años si él se sentía un niño? La ausencia de la memoria lleva sin dudas a una vida mejor. Por lo tanto no es necesario saber el significado de unos conceptos fundamentales como el amor, el dolor o la profesión y el Narrador es una prueba viva. Su comportamiento se trataba de unas escaseces que no se añadían al rompecabezas social. Pero esta falta no es una desventaja, sino una nueva manera de actuar y de interactuar.

Lo que no faltaba en su mentalidad eran las costumbres. Cada madrugada tenía la obsesión tan fastidiosa de analizar sus dedos; le gustaba mirar sus manos, especialmente la izquierda. Había veces en las que miraba mucho, pero sin preguntarse qué simbolizaban los anillos de su dedo anular. Eran dos y uno le apretaba con fuerza: el más bonito. No sabía el significado de la palabra boda, ni el del anillo de boda. La invitada aún no hablaba, pero echaba vistazos a sus manos.

Una noche, el paseo se convirtió en algo inesperado. Él no tenía preguntas, ella no tenía voz, y, sin embargo, eso no los detenía a escuchar una música. No era la primera vez para él, pero sí era la primera vez que escuchaba esos sonidos en compañía de su invitada. Instintivamente se acercaron hacia el lugar donde sonaba la música. Era algo muy suave, que podría solamente calmar unas notas diáfanas.

De repente su mentalidad enferma se recuperó: una mezcla de pensamientos, de recuerdos, empezaron a andar libres. Los ojos de color cerúleo trajeron la luz, y la verdad lo acaparó. Al intentar coger su mano, la invitada desapareció sonriendo:

“¡Bienvenido, Papá!”

“¡Estoy muy contento de haberte encontrado, Alejandra!”

Finalmente la exposición tuvo lugar. Las montañas, el otoño y el chalet abrazaban “Los cuadros del verano”. Muy suave en el fondo sonaba el piano –oda a Abigail. Los que tocaban eran Alejandra y él. Sobre las amapolas rojas la luz se reflejaba risueña – a fin de cuentas, era un cuadro interesante, el mejor de todos.

Dona Bianca Dumitrescu
Liceo "Eugen Pora", Cluj-Napoca

El ocaso de las vidas

Leonardo tenía que reunirse con la señora Martínez a las dos y media de la tarde en la terraza de la cafetería *Carpe Diem*. No sabía cuál iba a ser su trabajo, aunque ya había sido contratado por la misma un par de veces el año pasado. Estuvo esperando en la esquina más cercana a la cafetería, escondido de alguna manera para no llamar la atención de nadie. Sus ojos cansados y envejecidos prematuramente estaban ocultos bajo un par de gafas negras. Su pelo negro, siempre bien peinado y siempre con una gruesa capa de gomina que lo caracterizaba desde su juventud, relucía en aquella esquina, iluminada por un sol abrasador de mediados de agosto.

El coche se estacionó delante de la cafetería, como estaba previsto. Leonardo miró la hora curioso, viendo que eran las dos y treinta minutos justo.

–Puntual como siempre –se dijo a sí mismo.

Tras acabar su cigarrillo, salió de su escondite y empezó a caminar tranquilamente hacia la señora Martínez, que estaba ya fuera del vehículo. Leonardo la analizó mientras se acercaba a ella. Se sentía hechizado por la belleza de aquella mujer, siendo incapaz de quitar su mirada cuando la tenía cerca. Sus curvas, su pelo largo y ondulado, de un color cobrizo, sus ojos azules... todo le atraía de una manera muy elocuente.

–Buenas tardes, Leo –le dijo la mujer al estar lo suficientemente cerca de él como para no tener que gritar.

–Buenas tardes, señora Martínez.

La mujer sacudió la cabeza un poco resentida.

–Carmen, a secas –lo corrigió por décima vez.

–Yo trabajo para usted, señora Martínez, y mientras sea usted mi superiora, la respetaré.

Las demás palabras

Carmen puso los ojos en blanco y con unos movimientos sensuales fue a sentarse a una de las mesas de la terraza. Leonardo la siguió en silencio.

–Leonardo... –empezó a decir tras pedir una coca-cola–. Necesito que me ayudes.

Leonardo aguardaba en silencio. Carmen sorbió varias veces del vaso antes de proseguir.

–Creo que mi marido... está metido en algo muy... turbio. Él lo niega, por supuesto, pero aún así...

No pudo seguir. Estaba removiendo la pajita impaciente, haciendo que el hielo del vaso se chocara contra la superficie de éste, creando un sonido continuo pero suave.

–Si no le dice nada seguramente es para protegerla, ¿no cree?

–Aún así. No me gusta que me engañe. Prefiero no dormir por las noches por saber demasiado a no dormir por no saber qué se avecina.

Volvió a sorber un poco de la cola. Tras eso, abrió su bolso y rebuscó impaciente. Poco después sacó un sobre marrón, bastante grande y grueso, que le entregó a Leonardo discretamente.

–Está todo ahí. El hotel donde está alojado, la habitación... todo. También te he puesto el adelanto. El cincuenta por ciento. La otra mitad la tendrás cuando vengas.

Leonardo miró el fajo de billetes de cien euros que tenía en la bolsa.

–Ya sabes, tienes una semana. No te doy más. Si no tienes lo que te he pedido, despídete de la otra mitad del dinero.

Se levantó sigilosamente y con unos movimientos igual de sensuales, fue hacia su coche descapotable. Unos minutos después, Leonardo también se levantó y se fue a su apartamento apresuradamente.

Día 16 de agosto.

Leonardo fue al hotel donde se suponía que estaba alojado el señor Martínez. Fue directamente a una de las recepcionistas y, dándole discretamente un billete de cincuenta euros, le preguntó por el señor Martínez. La muchacha le miró sorprendida. No dijo nada durante un minuto, hasta que Leonardo volvió a darle otro billete de veinte. Esta vez, la muchacha reaccionó.

Rápidamente buscó lo que Leonardo le había pedido.

–Lo siento, pero el señor Martínez se marchó ayer por la noche.

Leonardo se quedó atónito. ¡Es imposible!

–Pero... eso... eso... no es posible –dijo con un hilo de voz–, vuelva a mirarlo.

La muchacha miró nuevamente, pero la respuesta fue la misma.

–Pero... ¿Adónde ha ido?

–Esa información es confidencial– le dijo sonriendo.

Leonardo puso los ojos en blanco, y le entregó otro billete de cincuenta euros. La muchacha los cogió y lo miró de forma pícaro.

Buscó durante una milésima de segundo y luego dijo:

–No ha dejado constancia. Buenos días.

“Maldita muchachita, me ha tomado el pelo”, pensó él furioso.

Salió del hotel, incapaz de pensar, de reaccionar, y sacó de su bolso el sobre marrón. Miró las fechas, los lugares, todo lo que Carmen le había dado, y encontró, por fin, un indicio de dónde podría encontrarlo. En un combate de boxeo, esa misma noche. Así pues, decidió que esa noche iba él también a ver un combate inolvidable de boxeo que lo ayudaría, con suerte, a encontrar al señor Martínez.

20:45 minutos. La lucha empezaría a las nueve. Leonardo consiguió entrar a tiempo.

Aquello estaba repleto de gente. Todos ellos enfadados, orgullosos, superiores. Personas que seguramente estarían allí no sólo para ver golpes, sino también para ganar. Estuvo buscando con la mirada al señor Martínez durante un buen rato, sin tener suerte alguna. Y es que era imposible moverse por allí, y menos cuando el combate comenzó. Golpes, golpes y más golpes. Abucheos por parte de unos, silbidos por parte de otros. En aquellos momentos todos estaban impacientes por ver si ellos habían tenido razón.

En un rincón apartado, a Leonardo le pareció ver al señor Martínez, aunque comprobó que se había equivocado. Estaba desesperado. Ni siquiera lo había encontrado. ¿Cómo pensaba descubrir lo que tramaba si ni siquiera sabía dónde estaba? Pero casi al final, sus ojos se iluminaron. Una cara redonda y bigotuda,

unas gafas grandes y una calvicie casi completa se posaron a tan solo unos metros de Leonardo. Había encontrado al señor Martínez. Se estaba dirigiendo hacia la salida acompañado por otro hombre alto, delgado y bigotudo que le agarró del brazo con ímpetu.

Leonardo los siguió disimuladamente, sorprendido al ver que, tras salir fuera, otros tres hombres, éstos más forzudos y enfadados, se unieron al delgado. Llevaron al señor Martínez al aparcamiento, repleto de coches, pero vacío de gente, y formaron un círculo, dentro del cual se encontraba el señor Martínez. Éste estaba temblando. Toda su cara estaba empapada en sudor y sus gafas estaban empezando a empañarse.

–¡Os prometo que ganaré! ¡Os daré el doble! ¡No! ¡El triple!
¡¡PERO DADME OTRA OPORTUNIDAD!! –gritaba despertado el señor Martínez.

–Ya te hemos dado más de las que merecías –dijo el hombre delgado–. Ya no nos sirves. Eres un estorbo.

Había sacado una pistola, apuntando al señor Martínez sin temor. Éste se había puesto de rodillas, llorando sin parar mientras suplicaba que lo dejasen un poco más.

–Si me matáis, no volveréis a ver el dinero; en cambio, si...

Pero un instante después se oyó un ruido atronador que hizo que Leonardo se sobresaltara. Al mirar nuevamente la escena, vio al señor Martínez en el suelo, en un charco de sangre. Leonardo estaba inmóvil, incapaz de moverse al ver cómo el marido de su clienta estaba muerto en el suelo.

Intentó moverse, marcharse de aquel lugar cuanto antes, pero pronto descubriría que eso era lo peor que podría haber hecho. Nada más moverse, uno de los asesinos lo vio, y al segundo siguiente, una serie de disparos se oyeron en el aparcamiento. Leonardo, al no tener ninguna pistola, lo único que podía hacer era correr y escapar, algo que no era muy fácil teniendo en cuenta que su coche estaba en la otra punta del aparcamiento.

Entonces, como un ángel de la salvación, vio delante de él una moto negra que le esperaba. No sabía, por supuesto, si subirse significaría su muerte o su salvación, lo que no pensaba hacer era quedarse con la duda. Rápidamente subió a la moto y sujetándose apretado al motociclista, salieron del aparcamiento, dejando atrás a los asesinos y al cuerpo sin vida del señor Martínez.

Todo estaba a oscuras cuando la moto se detuvo. Leonardo pudo darse cuenta de que estaban en el bosque gracias a la poca luz que la luna menguante les proporcionaba.

–¿Quién eres? –quiso saber él al bajarse.

No hubo respuesta. El motor dejó de rugir y el motociclista se bajó también.

–Te he preguntado algo –insistió Leonardo.

En ese momento, el motociclista se giró hacia él y se quitó el casco.

–¡Usted! –dijo él, quedando petrificado.

Y es que delante de él estaba la mujer que había conseguido quitarle el corazón, la mujer que sabía que jamás estaría con él, la mujer del... señor Martínez.

–Siento mucho no haber podido hacer nada, señora Martínez. No... no sabe cuánto lo siento.

–Yo también lo siento, Leonardo. Yo soy la que más lo siento. Ese capullo cree que me la ha jugado, pero no sabe quién soy yo. ¡No lo sabe!

Leonardo la miró perplejo, sin saber qué decir o hacer. Fue Carmen la que prosiguió.

–Leonardo, gracias. Gracias por haberme ayudado. Mira...– dijo sacando otro sobre marrón-. Aquí está tu otra mitad. Gracias por todo. Ahora... vete.

–No comprendo... ¿A qué se refiere con que se la ha jugado?

–Leonardo... lo que has visto ha sido una calumnia estrepitosa. Ese bastardo que creía que era mi marido ha escenificado su propia muerte para librarse de mí. ¡Te das cuenta!

Leonardo estaba mucho peor que antes, cuando creía haber visto al señor Martínez muerto. Estaba... perdido. ¿Cómo pudo Carmen averiguar eso y no haberlo descubierto él antes? Se suponía que era un detective privado de prestigio, no un aficionado...

–No te preocupes, Carmen. Te ayudaré a desenmascarar a ese traidor.

–No hace falta.... Un momento... me has llamado... ¿Carmen?

Leonardo hizo caso omiso a lo que Carmen le había dicho y prosiguió:

Las demás palabras

–Vamos a ver... Se supone que en el aparcamiento, hay como... unas cuatro cámaras de vigilancia. Y yo diría que planearon la muerte de tu marido para que lo grabasen y al mismo tiempo, sin que hubiese testigos que presenciasen la escena. Con lo que... lo que tenemos que hacer ahora mismo es volver y robar las cintas.

–Leonardo, ¿pero qué estas diciendo?

–Estoy diciendo que nosotros no permitiremos que se salgan con la suya...

Carmen, tras pensárselo un poco, miró la hora. El combate estaba acabando. Debían llegar cuanto antes y coger las cintas.

Se encontraban en la sala de vigilancia. Delante de ellos, yacían los cuerpos de los dos vigilantes. Carmen estaba entre ellos dos, muy quieta, esperando a que Leonardo consiguiese recuperar las cintas. Éste se movía a gran velocidad, tecleando, rebobinando, cambiando cintas, volviéndolas a cambiar. Le costó bastante dar con la buena, pero al final lo consiguió.

Rápidamente, salieron de la habitación e, intentando no ser vistos, consiguieron escapar sanos y salvos.

–No lo puedo creer –dijo Carmen al poner por décima vez la cinta.

Se encontraban en su mansión, en el salón inmenso, donde Leonardo ya había estado dos veces.

–Los encontraremos –intentó tranquilizarla Leonardo–. Los meteremos en la cárcel, de donde no saldrán jamás.

Carmen asintió sin despegar los ojos de la televisión de plasma. Justamente había sido la parte en la que el señor Martínez se precipitaba contra el suelo.

–Creo que sé dónde los podemos encontrar –dijo, tras un minuto de silencio. Había apagado la tele y se había levantado.

–Ah, ¿sí? Bueno, pues mañana mismo iremos a ese lugar. Carmen –dijo él, poniendo las dos manos de la mujer entre las suyas–, no te lo tomes tan a pecho. Tranquilízate –le acarició el rostro con dulzura.

La mujer cerró los ojos para sentir mejor la caricia de Leonardo. Luego, al abrirlos, se fue acercando a él poco a poco, mirándolo fijamente a los ojos, unos ojos negros que, en ese momento, estaban ardiendo de deseo.

Sus labios se fueron acercando hasta rozarse. Leonardo la cogió por la cintura, acercándola más a su cuerpo, logrando que, más tarde, se fusionaran...

Día 17 de agosto. 10: 34 de la mañana.

Los dos estaban preparados para ir en busca del señor Martínez. Ninguno de los dos estaba seguro de estar haciendo lo correcto, aunque era el único lugar donde podrían buscar con la esperanza de encontrar algo.

Se subieron al descapotable de Carmen y, a gran velocidad, fueron hacia aquel lugar. Leonardo y Carmen entraron en la fábrica de la familia Martínez. En la entrada se encontraba la recepcionista, tecleando rápidamente mientras hablaba por teléfono.

–Marisa –dijo Carmen nada más acercarse a ella.

La chica, al ver a su jefa, se quedó petrificada. Dejó de teclear, dejó de hablar. Lo único que hacía era mirarla con la boca abierta.

–¿Dónde está mi marido? –quiso saber.

–Eh... hoy no ha venido.

Hubo un silencio aterrador que fue interrumpido por el grito de Carmen.

–¡O me dices dónde está o no vuelves a trabajar en tu vida!

Leonardo la miraba maravillado, sorprendido. La recepcionista, en cambio, la miraba aterrada. Tuvo que cerrar los ojos mientras su jefa le gritaba.

–Es... está en su oficina...

Carmen, satisfecha, se fue al ascensor, cogiendo de la mano a Leonardo. Éste la miraba curioso, pero extremadamente feliz. Sentir sus cálidas manos le llenaba de vida, hacía que pareciese nuevamente un muchacho. Entraron en la oficina sin llamar a la puerta, pillando al señor Martínez guardando unas cosas en un maletín.

–Hola, cariño. ¿Qué tal la semana? ¿Agobiada?

–¡Cariño! ¿Pero tú no deberías estar en casa, en la capital?

–Pues ya ves, me gusta darte sorpresas agradables. Porque son agradables, ¿no?

–Pero, por supuesto –contesto él un poco confuso–. Siempre es un placer ver a una mujer tan hermosa como tú... ¿Quién es tu amigo?

Las demás palabras

Los dos miraron a Leonardo, que aguardaba en la puerta muy tranquilo.

–Te presento a Leonardo, el que de ahora en adelante será nuestro abogado.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. La del señor Martínez era de inquietud, la de Leonardo era de superioridad.

–Te esperamos en el coche para ir al bufete. Tenemos que aclarar algunas cosas.

Sin esperar a que le contestara, salieron de la oficina tranquilamente.

Los tres se encontraban en el coche rojo descapotable de Carmen. Ella era la que conducía, mientras Leonardo, el copiloto, vigilaba a su marido por el espejo retrovisor.

Por fin se detuvieron. Se encontraban en el aparcamiento, donde la noche anterior “había sido asesinado” su marido.

–Podéis bajar –dijo Carmen.

Su marido, extrañado, intentó obtener respuestas referentes a por qué estaban allí, aunque ninguno de los dos le contestaba. Leonardo comenzó a caminar, seguido de Carmen, que agarraba bien a su marido.

–Aquí fue –dijo finalmente Leonardo.

–¿Estás seguro? –preguntó Carmen.

–¿Qué es lo que ha pasado aquí? –quiso saber el marido.

Carmen siguió caminando hasta llegar a un punto. Allí soltó a su marido y se alejó de él unos dos metros.

–Señor Martínez, es aquí donde usted ayer fue asesinado espantosamente ante mis narices.

El señor Martínez se quedó de piedra. No pudo nada más que quedarse con la boca abierta.

–¿Empieza a sonarte todo esto?

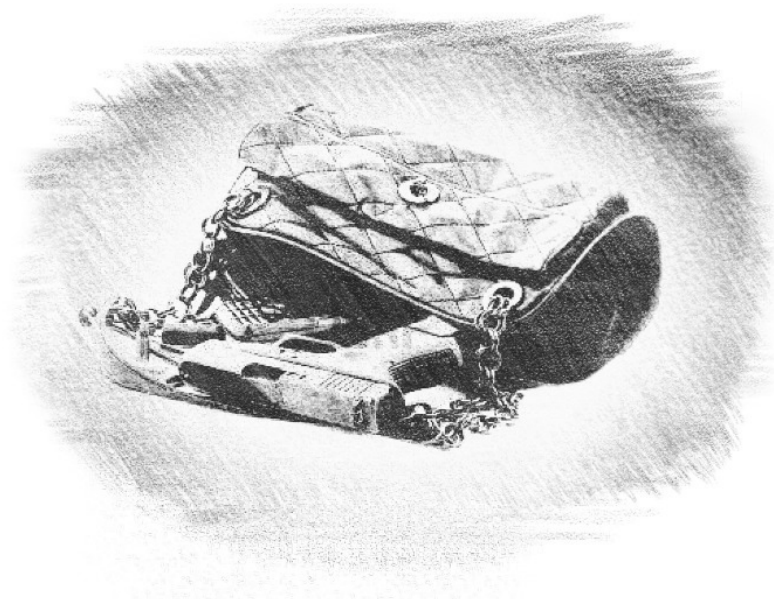
–No... Carmen.... no pensaba abandonarte. Lo he hecho por nuestro bien, querida.

Intentó acercarse a ella, cuando ésta sacó una pistola. Leonardo la miró confuso. Eso no estaba en el plan. Se suponía que ahora aparecerían los policías... pero... es verdad... ¿dónde estaban? ¡Era Carmen la que tenía que llamarles!

–Carmen... ¿qué está pasando? –preguntó Leonardo un tanto asustado.

–Se está cumpliendo la profecía – dijo ella. Un segundo después, un sonido espantoso rebotó en los oídos de Leonardo.

Ahora sí que su marido estaba bañado por un charco de sangre.



Leonardo vio aquello aterrorizado, espantado, incapaz de asimilar lo que la mujer de sus sueños acababa de hacer.

–Entiéndeme, Leonardo, esto era lo mejor. Tú me entiendes, ¿verdad?

–No... no eres como me había imaginado... no... te vuelvas a acercar a mí...

–¡Leonardo...!

Las demás palabras

Leonardo empezó a caminar a gran velocidad sin mirar atrás. Estaba destrozado. Estaba aterrorizado. Sentía como una parte de él había muerto al mismo tiempo que el señor Martínez...

—Entonces, adiós... —dijo Carmen antes de que se volviera a oír un ruido semejante al anterior.

Leonardo se giró asustado, comprobando al mismo tiempo que de su cuerpo no saliese sangre alguna. Comprobó unos instantes más tarde que no era él, el herido, sino Carmen, desplomada junto a su esposo.

Anca Șpac
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

El operario de limpieza

“Se busca operario de limpieza para la antigua fábrica de perfumes. Se requiere seriedad, confianza y deseo de trabajo. Para más información, nos podéis encontrar en el edificio de la antigua fábrica de perfumes entre las 10-18 h. de la tarde. También nos podéis contactar en el número de teléfono: 914711555.”

–¡Mira, parece una oferta conveniente! La antigua fábrica está muy cerca de nuestra casa y podré quedarme cerca de vosotros. Sabemos que la otra experiencia con el trabajo lejos de casa no ha sido tan provechosa. Así voy a tener tiempo para estar con nuestros hijos.

–Me parece muy bien. Tienes que llamarlos para ver si no han encontrado ya a otra persona. ¡Qué bien va a ser para nosotros tenerte tan cerca! ¡Date prisa, para que después no sea tarde!

Esa misma tarde, Luis se fue a la antigua fábrica de perfumes para ver si la oferta seguía disponible. Se puso a hablar con la persona responsable del trabajo y después de varios minutos de conversación Luis obtuvo el puesto. Contento, volvió con su familia para decirles que ya tenía un trabajo fijo y que iba a estar cerca de ellos para disfrutar de todos los momentos felices con ellos. Su esposa, Marta, estaba muy contenta, los hijos también, y decidieron hacer una cena con toda la familia para celebrar el nuevo trabajo. Todos estuvieron encantados y se pusieron a felicitar a Luis.

A partir de la semana siguiente, Luis tenía que empezar el trabajo. Se puso en contacto con la persona encargada del trabajo para ver el horario y el lunes, 20 de julio de 1996, Luis comenzó a trabajar. La fábrica de perfumes era una construcción antigua, en ruinas por fuera y por dentro. En su primer día como empleado en la fábrica, Luis miró por todas partes para familiarizarse con su trabajo. Por fuera, la fábrica parecía un cementerio... quemado. Todo era de

color negro; los árboles que habían crecido entre las paredes de la fábrica daban un aspecto de silencio, de viejo y maldito. Por dentro, las cosas no eran demasiado alegres. El edificio se había convertido en palomar. A Luis el interior no le causó una impresión muy agradable. Las paredes interiores también estaban negras por el humo, se veían muchas mesas en las cuales se hacían los perfumes, muchos modelos de plástico medio quemados y muchos espejos... Muchos. Al terminar su primer día de trabajo, Luis regresó a casa, no tan animado como debería estarlo una persona recién contratada, y se puso a buscar por internet la historia de la fábrica donde ahora trabajaba él.

“La fábrica de perfumes de la marca J&J fue inaugurada el 5 de mayo de 1879 por José Jairo, un prestigioso psiquiatra. La fábrica tenía como propósito la producción de perfumes para uso interno y externo. Muchos fueron los que se preguntaron por qué un médico había abierto una fábrica de perfumes, pero las respuestas tardaban en llegar. José Jairo nunca contestó a ese tipo de preguntas.

J&J se quemó después de 10 años, y los motivos todavía se desconocen. El famoso médico desapareció durante un par de semanas después de que la fábrica se hubiera quemado. Nunca nadie lo ha vuelto a ver. La fábrica se ha quedado en manos del estado y desde entonces no ha sido usada para otras cosas.”

Luis se quedó pensando después de haber leído el artículo. Estuvo muy callado esa noche. Su esposa Marta intentó preguntarle qué tenía, cómo le había ido en su primer día en la fábrica, pero Luis no quería hablar. No sabía por qué, pero una angustia lo acaparó.

El día siguiente se fue de nuevo a trabajar. Intentó preguntarle sobre la historia de la fábrica al mismo hombre que lo había contratado, pero él no quiso responder, diciendo que no sabía nada, que estaba contratado por el estado y que no le podía dar respuestas porque nadie sabía muchas cosas sobre los orígenes de la fábrica y sobre el incendio. Ese día, Luis se fijó atentamente en los detalles. Notó que los espejos estaban sucios, que allí dentro nada estaba nítido y se puso a hacer la limpieza. Primero, empezó a limpiar los espejos y después el resto. Así pasó ese día para Luis. Volviendo a su casa, la angustia empezó de nuevo como la noche anterior.

—¿Qué tienes, Luis? Te veo muy raro desde que has empezado el trabajo. ¿Te pasa algo?

—No me pasa nada, Marta. Estoy cansado, nada más. ¡Quédate tranquila!

Luis no quería contarle a su esposa su angustia; al fin y al cabo, no eran más que meras suposiciones.

Los días iban pasando, cuando Luis se dio cuenta de que los espejos de la fábrica tenían siempre unas manchas, como huellas de una mano. No entendía por qué todo el día estaba limpiándolo todo, incluso los espejos, y él era el único que entraba en la fábrica. La angustia crecía cada día más con las huellas que estaban siempre en los espejos.



La familia de Luis estaba angustiada por su comportamiento extraño, pues no quería hablar casi nada, no se encargaba de los

niños, estaba siempre angustiado, buscando por internet cosas sobre la fábrica. Quisieron hablar con alguien de la fábrica pero sólo Luis trabajaba allí.

Para Luis el trabajo se convirtió en un caso raro, tenía miedo porque nadie estaba con él de noche cuando tenía que trabajar, las huellas estaban siempre en los espejos, las palomas hacían un raro ruido y todo era tan extraño. A veces se oían ruidos, gritos de mujeres. Era algo espantoso...

Un día, en medio de una búsqueda en el sótano de la fábrica, Luis encontró un papel con el nombre de una mujer, Pilar, y también con una dirección. Se puso a buscar por internet qué había en esa dirección. Encontró el sitio de un convento, de otra ciudad. Apuntó la dirección y continuó su trabajo sin darles mucha importancia a las informaciones que había encontrado.

La situación del trabajo se estaba convirtiendo en un calvario. Luis ya no podía soportar los gritos que se oían y las huellas tan visibles de los espejos. Con su familia casi no hablaba: Marta estaba enojada con él y los niños casi no veían a su padre. Todo tomó otro rumbo. Si al principio todos estaban tan entusiasmados por el trabajo de Luis, ya nadie podía entender qué le pasaba, pues no hablaba, no siempre volvía a la casa. Nadie entendía a Luis, apenas se podía entender él mismo. Decidió un día contárselo todo a Marta.

–Tenemos que hablar, Marta.

–Yo también lo creo. Te veo muy raro desde que has empezado a trabajar. No puedo entender qué te pasa, no quieres decirle nada a nadie.

–¡Marta, escúchame con atención! La fábrica está maldita. Se escuchan ruidos, gritos de mujeres que piden ayuda y también hay espejos que tienen huellas de manos.

–Luis, ¿pero qué te pasa? Te has vuelto loco. ¿Cómo puedes decir semejante tontería?

–Me voy con los niños donde mis padres, no podemos seguir viviendo contigo si te comportas de esa manera.

–Pero Marta....

–Adiós, Luis.

Luis se volvía loco, estaba en el punto en que podía perder a su familia y en la fábrica todo era pura locura. Los gritos eran espantosos, las huellas se movían en los espejos y se veían caras de mujeres ensangrentadas... No podía soportarlo más. Decidió buscar el convento.

El convento estaba situado en un campo, un sitio mirífico, con arboles floridos. Todo era maravilloso. Luis llegó y preguntó por una tal señora Pilar. Las monjas que le recibieron le llevaron a una habitación. Allí estaba la madre superiora, Pilar. Entonces, Luis se puso a contarle todo sobre él: que estaba casado, que tenía dos niños maravillosos, que hacía un par de semanas que trabajaba en una antigua fábrica de perfumes y que allí pasaban cosas muy raras y que había encontrado un papel con su nombre y con aquella dirección.

–¡Por favor, ayúdeme! No entiendo qué me está sucediendo, no entiendo por qué oigo esos gritos y por qué veo las huellas.

–No te entiendo, hijo mío. No sé de qué me estás hablando.

–Madre, ayúdeme, tengo a mi familia que cree que estoy loco, usted sabe que no es así y que en esa fábrica pasan cosas raras. Usted sabe algo y no me lo quiere decir. ¿Cómo se explica su nombre en este papel y la dirección?

–¡Déjame sola, por favor!

–Pero, madre....

Luis se quedó en el convento hasta el día siguiente. Por la mañana, la madre superiora quiso hablar con él.

–Me impresiona mucho tu historia y sobre todo que hayas venido a buscarme. He decidido contártelo todo. Cuando yo era una niña, tenía un comportamiento bastante raro para una chica de mi edad. No quería hablar casi con nadie, no me gustaba jugar con los niños de mi edad, sólo me gustaba estar sola en mi habitación, mirándome en el espejo. Veía casi todo el tiempo caras de personas, sobre todo de mujeres. Al principio sólo las veía; pero después esas caras empezaron a hablar conmigo, me contaban sus vidas. Un día mis padres me encontraron hablando sola; sola creían

ellos que estaba y me llevaron al médico. Ese médico era un psiquiatra, su nombre era José Jairo. Les dijo a mis padres que tenía problemas con los nervios y que necesitaba ser ingresada en una clínica psiquiátrica para curarme. Y así me dejaron mis padres a su cargo. Lo que no sabían mis padres era que el médico no me llevó nunca a una clínica, sino al sótano de su fábrica de perfumes. Allá me encerró en un cuarto con las paredes de espejos, me ató a una silla y me dejó allí. Lo que veía me enloquecía, había huellas de manos y de caras en esos espejos. Oía voces y gritos. Así me quedé durante dos días, en ese ambiente infernal. Al final, el médico me sacó de la habitación y me dijo que estaba endemoniada y me mandó a este convento. A mis padres les dijo que había desaparecido y así llegué a ser inexistente para todo el mundo. Mis padres lo creyeron y yo me quedé aquí.

—¿Por qué no apareciste un día para desenmascararlo?

—No quise, hijo mío. Estoy muy bien aquí.

—¿Pero qué representan todas las huellas en los espejos y todos los gritos?

—Son las personas que han entrado en el espejo y no pueden salir. Piden ayuda pero no sé quién va a poder ayudarles.

—Es espantoso lo que me cuentas, madre.

—¡Así es, hijo!

El mismo día, Luis regresó con su familia para ver si todos estaban bien. Cuando llegó a su casa, no había nadie, los armarios estaban vacíos. Marta se había llevado a los niños y se había marchado con su familia, tal y como le había dicho.

En vez de ir a por su familia, Luis regresó a la fábrica. Cuando entró, olía a humo y las voces gritaban de dolor, las huellas casi salían del espejo... De repente se escuchó un grito muy fuerte, los espejos se rompieron y se desató un incendio. Luis intentó salvarse y después de una lucha intensa con el fuego logró salir. Los bomberos, la policía y la ambulancia estaban llegando. Vio al hombre que lo había contratado y a mucha gente fuera. Un detalle le sorprendió: nadie hablaba con él, parecía como si nadie lo viera. Miró el coche de la policía y vio que POLICÍA estaba escrito al revés. Todo estaba al revés. De repente, el miedo le rodeó, le atrapó. Se miró en el espejo y le entró un pánico tremendo. No podía creerlo. El sudor le caía en la cara, los ojos casi se le salían. No podía ser verdad. Ahora estaba él en el espejo.

Paul Răzvan Alexa
Liceo "Eugen Pora", Cluj-Napoca

El último atraco de Tony

Diréis que fui un necio al no planificar mi robo con mi pandilla. Bueno, digamos que sí, lo fui. Todo eso era un paseo por el parque comparado con mis otros logros. Incluso yo mismo pensé que era un pedazo de idiota al no haber pensado en eso. En fin, los resultados no son muy positivos: fui arrestado por la pasma y no conseguí nada en metálico, ni un solo céntimo.

Ahora mismo estoy pensando en qué me harán los maderos, si me interrogarán, si me encarcelarán, pero en mi mente solo tenía una cosa, que era la de escapar de aquí lo más pronto posible. Aunque conozca al detective que se encarga de mi caso, sé que él no es corrupto, y ni se molestaría en sacarme de aquí.

Vi que alguien entró por la puerta, ni siquiera me molesté en levantar mi mirada, sabía que estaba hundido, y no había ninguna manera de que yo quedara sin cargos. Pero sentí que era la presencia del detective Callaway y dos policías novatos.

-¿Qué tal, muchacho? –dijo el detective Callaway con un tono amistoso.

-Déjame en paz, ya sabes que no me encuentro nada bien, estoy en medio de un interrogatorio, y no pienso hablar de nada.

-Tony, Tony, no te he preguntado nada acerca del robo, aunque eso te tendría que preocupar. Aunque el robo no fuera grave, tus antecedentes penales lo son, y ahora mismo, digamos que no te puedo dejar salir de aquí.

-¿¡Y a mí qué carajo me importa!? –respondí un poco agitado.

-Vamos, no hagamos un drama de todo esto, que se puede solucionar. Mira, ustedes dos, se pueden tomar un descanso. –Y diciendo esto, los novatos se fueron.

-Callaway, no voy a hablar, sabes que no puedes hacerme cantar. Soy muy duro en estos casos.

Las demás palabras

-Tony, como te dije antes, no te puedo dejar salir por mi cuenta, porque si no, ¡me mandan a mí al trullo! Pero hablé con el juez Dawkins y me hizo una oferta muy interesante, que te voy a contar. Tú ya sabes que hagas lo que hagas, te condenarán de por vida aquí, pero si consigues hablarme un poco sobre tus contactos...

-¡Bobadas! ¡Sabes que no te voy a decir nada de nada, y sigues insistiendo! ¿¡Pero tú piensas que soy un idiota!? ¡Hablar sobre mis contactos! ¡Estás como una cabra, Callaway! –dije más agitado que nunca

-Tú ya conoces mis métodos, pero déjame decir mi oferta. Supongo que has oído hablar de Vincent Teresa, él cantó todo sobre la 'Cosa Nostra' y, gracias a él, hemos conseguido bastante información sobre la familia Patriarca. Bueno, queremos que tú hagas lo mismo, pero con tus compinches, y como recompensa, sufres una detención de 20 meses y te quedas sin cargos.

Me puse a estudiar la oferta de Callaway. Era elegir entre dos muertes: morir podrido en una celda de la cárcel, o tiroteado en un callejón por mis superiores. Aunque lo más importante para mí, era proteger a mi esposa, y sabía que si me quedaba en la cárcel, no la podía ayudar, porque los miembros se aprovechan de ti cuando muestras la menor debilidad.

Así que elegí la oferta de contar todo lo que sabía sobre la familia.

-¡De acuerdo, Callaway! Hablaré sobre la familia, pero prometedme que mi esposa vivirá sin problemas ni amenazas. Sabes que es lo único que me queda de mi pobre vida.

-Tony, sabes que no soy capaz de mentir a un hombre sincero, te ayudaré, pero... tengo que llevarte a un juzgado para que puedas hablar. Tu juicio tiene lugar dentro de tres días. Ahora me tengo que ir. Buenas tardes, Tony.

-Adiós Callaway, ¡pero prométeme eso! Si me encuentro con que ella recibe amenazas por parte de mi familia, en cuanto salga, ¡lo primero que haré será hacerte la vida imposible!

-Tony, confía en mi palabra, ¡por el amor de Dios! Y ella es bastante mayorcita también. Bueno, adiós.

Durante esos tres días, estuve pensando si había elegido lo correcto. Traicionar a la familia, y poner en peligro a mi esposa, ¿mi dulce Elba?

No pude dormir nada en ese tiempo, aunque sé que en mi interior, había elegido lo correcto, que era proteger la vida de mi amada esposa.

Llegó el día del juicio, y dos guardias vinieron hacia mi celda. Me levanté de la cama y me lavé la cara. Al salir, me pusieron las esposas y fui con ellos al juzgado.

Al entrar al juzgado, vi otra gran cara conocida, el abogado Paul Cahill. Este individuo tuvo bastantes contactos con la familia, en la que yo servía como Caporegime. Era bastante corrupto, no te podías fiar de él, por eso mis hombres lo llamaban Cahill 'Dos-Caras'. También era bastante bocazas, y pensaba que tenía la mafia en su mano, cuando en realidad era justamente al revés. Al resto de personas, no las conocía; aunque también estaba el juez Dawkins. Éste, al igual que Callaway, no aceptaba ni un soborno. Eran más limpios que el mismo Papa.

Me senté donde me señalaron y me quitaron las esposas, aunque aún estaba bajo vigilancia. Dos guardias bien robustos tenían un gran rifle en sus manos, y no parecían ser de juguete. Momentos después, hice el juramento de decir 'la verdad, toda verdad, y nada más que la verdad'.

Y allí estaba yo, con medio jurado que tenía toda la intención sobre una persona. Yo, el gran Caporegime, Anthony 'Tony' de Nieri.

-Tony, chico, ¿sabes por qué estas aquí? –me preguntó el juez Dawkins

-Sí, señoría, estoy aquí para empezar a cavar mi tumba, y por lo que veo, vosotros estaréis presenciando una gran escena. ¿Os habéis traído las palomitas y la bebida para presenciar el show? –dije en un tono bastante irónico.

-Tony, por favor, tómate esto más en serio, estás delante de un juez. Aquí no estamos para jugar a policías y criminales. –dijo Cahill, desde el otro lado.

-¡Cahill! Estaba esperando que dijeras algo, me resultaba extraño verte allí, mudo sin decir nada, y escuchándome. Bueno, señoría, voy a comenzar mi historia, os pido por favor que no me interrumpáis, o no diré nada más.

Y comencé a hablar sin parar.

Yo, Anthony de Nieri, nací en una familia bastante humilde, pero honrada. Nací en el año 1958, era el más pequeño de mis hermanos. Tenía tres hermanos y dos hermanas. Era bastante flaco, y no me parecía en nada a mi padre.

Mi padre era un buen hombre, robusto, honrado, humilde. Aunque él no hablaba muy bien inglés, vino a Estados Unidos a los veintisiete años. Era un poco perezoso y orgulloso y, por eso, nunca aprendió inglés. Con la familia hablaba italiano. Bueno, yo soy al revés, yo no hablo bien italiano, pero el inglés lo domino.

De pequeño, no me gustaba la escuela, y mi madre siempre me reñía. Cuando mi padre venía, me pegaba, regañándome y diciéndome que tenía que estudiar, para no llegar a ser como él. Mi padre era zapatero y me parecía una profesión bastante honrada y que, aunque pareciera fácil, era bastante complicada.

Un día, cuando tenía doce años, vi unos coches bastante limpios, de los que salían unos hombres robustos bien vestidos, que fueron hacia mi padre, para que les ayudara arreglando unos mocasines muy caros que tenía uno de los señores. Al terminar el trabajo, ese señor pagó tres veces el precio normal por el zapato. Mi padre no quiso aceptar ese dinero, y no supe por qué. Al final, ese señor presionó y le dio el dinero a mi padre, sin hacerle caso.

Fue entonces cuando tuve una iluminación, y pregunté a mi padre qué hacían esos señores. Él no me contestó, se fue a casa y no trabajó más ese día.

Cuando tenía catorce años, fui a ver una película que jamás olvidaré. Esa película era 'El Padrino' y ya entendí un poco más sobre aquel señor. Así que podemos decir que ese fue el comienzo de mi carrera delictiva.

También recuerdo que cuando tenía diecisiete años, fue la primera vez que robé algo. Me reuní con unos amigos y fui con ellos a una relojería. Allí dentro, todos nos pusimos máscaras y cogimos los relojes que pudimos. Poco después, fui expulsado del instituto. Así que imagínate, diecisiete años, expulsado del instituto, sin trabajo, y robando relojes.

Mi padre notaba que yo había cambiado, subió a mi habitación y vio que tenía unos relojes robados. Aún recuerdo todos los golpes que recibí, incluso aún tengo un moratón en mi pierna

que no se va, yo que sé, misterios de la vida. Sabía que no podía vivir más tiempo allí y, dos semanas después, me fui a Boston.

Mis inicios fueron bastante difíciles. Quería conseguir algún trabajo legal. Trabajé tres meses como 'limpia-parabrisas', pero no conseguí ni siquiera dinero para poder pagar el alquiler.

Fue entonces cuando por casualidad, me encontré con el mismo señor, al que mi padre le había arreglado los mocasines. No tenía nada que perder, así que fui corriendo hacia él, y le hablé por si se acordaba de mí. No me hizo caso y siguió su camino, así que fui y le pregunté de nuevo. Esa vez me puse de rodillas, pidiendo limosna. Él no me dio nada, pero me dijo que necesitaba a un hombre para un transporte y le dije que podía ser el hombre ideal. Dos días después, fui ante él y me presentó a dos chicos que tenían dos años más que yo.

-¡Tony, Tony! ¡Has venido a tiempo! Mira, no es nada difícil, tienes que llevar esta furgoneta al Bronx, nada más. Estos dos chicos te acompañarán, ellos son Mike y Tom.

-Gracias, señor Leone, le debo la vida.

-Bueno, no hagamos un drama. Cuando llegues allí, te encontrarás a mi hermano y él te pagará por el transporte. Y vete, que tengo cosas que hacer.



Conduje la furgoneta hasta el Bronx y me encontré con el hermano de Leone. Él mismo me pagó, nada más y nada menos que setecientos cincuenta dólares, ¡por un transporte de nada! El señor Leone y yo estuvimos en contacto desde entonces, e iba haciendo transportes por una gran cantidad de dinero. Un día, se puso a hacer algunos cálculos sobre el balance de su cuenta, y resultó que no sabía calcular muy bien, así que le ayudé un poco con mis matemáticas básicas. Vio mi talento con los cálculos y me preguntó:

-Tony, chico, ¿tu has ido a la Universidad?

-No, señor, es más, fui expulsado del instituto con diecisiete años.

-Y eso, ¿por qué? ¿Faltabas a clase? Bueno, es una idiotez, porque han perdido a un gran matemático.

-Bueno, señor, tampoco es para tanto, me sentí atraído por la matemáticas, pero me expulsaron, porque robé unos relojes con unos amigos míos y vendiéndolos, conseguimos dos mil dólares cada uno.

-Así que has robado... Bueno, Tony, tengo entonces un trabajo que te podría interesar. Verás, yo, en este barrio de Manhattan, soy el gran jefe, nadie se atreve a decir una palabra o a ir al baño sin que yo se lo permita. Hace ya unas dos semanas que un tendadero me tiene que pagar 'protección'. Ve y recuérdale por qué tiene que pagar la protección.

-Señor Leone, quiere que yo le... ¿pegue?

-Tony, pegar es una palabra fea, imagina que 'limpias tu habitación'. Ahora ve allí, puedes ir con Mike, que está un poco holgazán los últimos días.

Fui a esa tienda con Mike y comenzamos a destrozar todo lo que encontrábamos por allí. Le amenacé porque el pago a Leone se había retrasado.

Y poco a poco, fui entrando oficialmente, en la carrera delictiva.

Todo parecía ir de maravilla, hasta que el día siete de diciembre de 1983 mi padre murió. Pedí permiso al señor Leone para asistir a su funeral. Sentí una indignación enorme, al recibir, por parte de mi madre, la noticia de que él había muerto por la culpa de una hemorragia. Y yo tenía dinero para ayudarle, pero mi hambre de

dinero y mi idiotez de no haberle visitado en ocho años fueron la culpa de su muerte.

Esa noche no dormí, tenía la mente borrosa, el sudor parecía pesar más que mi cuerpo, y me dolía. Nunca me había sentido tan mal.

Tras hacerle un funeral digno de admiración, no tenía nada más que hacer. Sabía que si me quedaba allí, no me ayudaría en nada, así que me fui de nuevo a Manhattan.

El señor Leone quería presentarme a unas personas un poco especiales para mí.

-Tony, delante de mí están las personas más importantes de Nueva York, ¿los conoces?

-No, señor, no los conozco –dijo. Pero sabía que esas personas tenían mucho que ver con Leone. Todos ellos iban bien vestidos, con las corbatas bien colocadas, y unos zapatos bien pulidos.

-Vicenzo, éste, ¿es el chico fenómeno de que me hablabas? No parece ser muy fuerte –dijo el más bajo de ellos.

-Marcelo, éste chico, en cinco años, desde que trabaja oficialmente para mí, ha hecho una gran limpieza en Manhattan. ¿Tú sabes lo que es eso? Tú en cuarenta años, ¡ni siquiera has limpiado tu casa! –dijo Leone para protegerme de ellos.

-Marcelo, Vicenzo, ¡parad! No será un fenómeno, pero seguro que será una gran persona. Y, bueno, Tony, ¿sabes lo que significa 'Cosa Nostra'? –dijo el más viejo de todos ellos.

-No, señor, ¿pero supongo que tendrá que ver con vosotros? –dijo un poco emocionado.

-Bueno, Tony, sí tiene mucho que ver con nosotros. Somos partidarios de la Cosa Nostra y, digamos, que Nueva York pertenece a la Cosa Nostra, y la Cosa Nostra a mí. Así que... soy el jefe de Nueva York, el alcalde es sólo una marioneta controlada por mí.

-¿Y para qué viniste, señor...?

-Salvatore, Salvatore Rosso, he venido para poder reclutarte en la Cosa Nostra, muchacho. ¿Te interesa?

No encontraba palabras para poder describir lo que sentía, estaba muy emocionado, estaba tartamudeando. Acepté la oferta del señor Rosso y desde ese día, pertencí a la Cosa Nostra, particularmente a la 'Famiglia Rosso'. A diferencia de Mike y Tom,

yo tenía raíces italianas y Mike y Tom no tenían ninguna raíz de italiano, por lo que nunca podrían pertenecer a la Familia.

En los siguientes siete años, mi pandilla y yo gobernamos Manhattan a las órdenes del señor Leone. Recaudamos miles y miles de dólares gracias a las extorsiones, cheques falsos, manipulaciones, etc.

Después de servir siete años como soldado en la Familia, ésta me convirtió en Caporegime y así mis contactos aumentaron.

Conocí a varios famosos y, aunque no lo creáis, varios cantantes y artistas actuaban en nuestros locales y, con nuestra ayuda, llegaron a ser estrellas.

Y como pueden ver, también conocí al señor que está en esta sala, Paul Cahill. Él era un licenciado en Harvard, que pensó que podía ayudar a que esta ciudad fuese mejor. Un error. Cayó muy pronto en la red de la mafia. Y nosotros, como 'buenos ciudadanos', le dábamos su paga cada vez que nos ayudaba. Gracias a Cahill, nuestra Familia estaba libre de cargos y nuestro Don, Salvatore Rosso estaba más limpio que un coche recién comprado. Aunque a veces, se le iba la boca y hablaba más de lo necesario.

Una noche, cuando Tom, Mike y yo robamos una tienda de Brooklyn, el tendero golpeó con un bate la pierna de Tom y se la rompió. Esto supuso el retiro de Tom de la Familia.

Mi último gran golpe, antes de ser arrestado, fue a un banco más o menos importante. Esa vez, mi banda había crecido hasta ocho personas, no recuerdo muy bien el nombre de cada uno, pero estoy seguro de que eran ocho. Todo esto, lo planeamos con mayor cuidado de lo habitual. Aunque tenía bastante dinero, mi hambre seguía creciendo y quería más y más. Resultó ser un paseo por el parque, porque los banqueros ni lo tenían previsto. Conseguimos un millón de dólares, de los que me quedé el cincuenta por ciento.

Pasaba el tiempo, y yo seguía siendo soltero. Sabía que tenía que dar algún paso, pero era bastante tímido y me liaba con las palabras. Pero un día en el club de Tom, había visto a la mujer ideal. Tenía una sonrisa tan bonita, que no tenía nada que envidiar a la Mona Lisa, y fue ella la que inició la conversación conmigo.

-Hola, ¿está libre el asiento? –preguntó con cierta dulzura.

-Sss..ss..sí, claro que está libre –dije tartamudeando de los nervios.

-Me pareces muy simpático. Yo me llamo Elba, ¿y tú?

-Yo, ehm... me llamo Anthony, pero me puedes llamar Tony.

-Ok, Tony, pero dime una cosa, ¿por qué estás tan nervioso?

-Bueno, es que casi nunca hablo con una mujer, y en este tipo de situaciones, no sé lo que hacer –dije cogiendo confianza en mí mismo.

-No pasa nada, Tony, al fin y al cabo, tú y yo no somos tan diferentes, ¡los dos bebemos ahora mismo una copa de vino! –dijo tratándolo de animarme.

-Bueno, je, je, es verdad.

-Oye, ¿por qué no vamos a mi sitio? Si quieres venir, puedes venir conmigo.

Y la acompañé. Jamás olvidaré ese día, cinco de noviembre de 1992. Tres meses más tarde, ella se convirtió en mi esposa.

El resto ya lo sabéis. Después de casarme con ella, me ‘semi-retiré’ de la vida delictiva. Estuve seis meses sin cometer ningún crimen y con eso, perdí experiencia. Por última vez, he reunido a mis camaradas para atracar un negocio de pacotilla. Ni siquiera me molesté en planificar mi atraco. Al llegar allí, noté que era más difícil robar allí, que el robo al banco.

Los tenderos parecían saber que los iban a atracar, y ni veinte minutos después, había llegado la pasma. Mis camaradas consiguieron escapar, pero yo, ni siquiera me molesté en escapar, pensaba que podía hacerlo.

Y aquí estoy, contando el final de esta historia.

-Tony, ¿estás seguro de haber dicho toda la verdad? –me preguntó el juez Dawkins un poco aburrido.

-Sí, señoría, ¿acaso no lo juré?

-Bueno, si todo esto es verdad, le condeno a...

-¡¡Esperen un momento!! –dijo en el último instante el idiota de Cahill.

-¿Qué quieres Cahill? –pregunté enfadado.

-¿Cómo que estuve implicado en tus ‘trapicheos’? Yo soy un abogado honrado y no me junto con los de tu calaña –dijo muy agitado.

-Si eso fuera verdad, entonces no estarías estresado por haber dicho una mentira, pero parece ser que lo estás. Cahill, no

mientas más, que te crecerá la nariz como a Pinocho. Y ahora, cállate y quédate ahí sentado, como tienes que estar.

-Los dos, ¡basta! Cahill, ¿es verdad que tuviste relaciones con la Familia? –preguntó el juez Dawkins.

-Juez Dawkins, yo... -dijo Cahill, más estresado que nunca.

-Bueno, ¡entonces le tengo que condenar también! Anthony de Nieri, le condeno a veinte meses de cárcel; aunque si tiene buena conducta, esto se puede reducir a un año. Y en cuanto a usted, señor Cahill, por mantener relaciones con la mafia, le condeno a treinta años de cárcel. ¡Caso cerrado!

-Señoría, ¡¡se olvida de una cosa!! Mi esposa, Elba, ha de tener protección contra la Familia –dije un poco agitado.

-Claro, señor de Nieri, eso se cumplirá.

Después de veinte meses, salí de la cárcel, y lo primero que hice fue coger un avión a las Bahamas con Elba y con el dinero que conseguí durante mi vida. Allí, espero hacer una nueva vida, totalmente legal.

¿Quién sabe si la Familia ha puesto precio a mi cabeza? Pero, en estos momentos, nada me puede arrebatar la gran felicidad que tengo.

Ștefan Gănescu
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

El espantojo

Era un hombre como todos los hombres, un hombre trabajador, simple, que cada día iba al trabajo.

Todos los días, antes de ir al trabajo, daba de comer a los pájaros. Era un hombre solitario pero no le faltaban amigos. De vez en cuando disfrutaba de alguna fiesta con ellos. Vivía solo, en un piso grande, decorado a la última moda, aunque no ganaba mucho dinero, pero tenía buen gusto. Su único compañero de piso era un perro viejo que se llamaba Fizz. Y para no romper el hilo del cuento podemos decir que este hombre llevaba una vida normal. Pero todo esto hasta un día en que una mujer misteriosa vestida de negro llamó a su puerta.

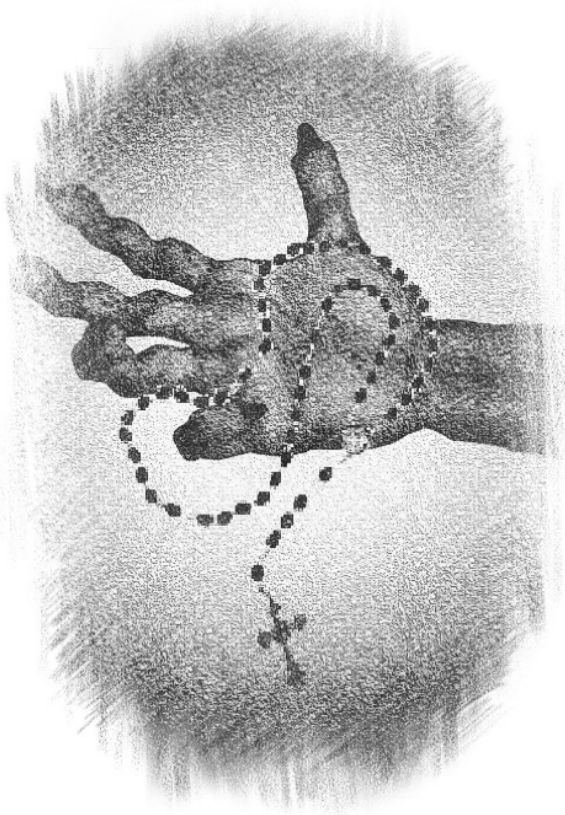
Al principio, el hombre tuvo la intención de no abrir la puerta, pero la curiosidad le empujó a hacer algo de lo que más tarde, como veréis, se arrepentiría. Y como digo, abrió la puerta y frente a ella estaba una mujer vestida de negro. Parecía una monja, pero esa mujer tenía algo que esconder. Su voz era muy fuerte y penetrante, sus ojos tenían las pupilas pequeñas y de color negro y su mirada, llena de hielo, podía espantar hasta al diablo mismo. Llevaba con ella una botella con un líquido de color rubio rojizo sobre la que estaba escrito: “agua bendita.” Le dijo al hombre que era una monja y que venía para bendecirlos a él y a su hogar, y que le iba a dejar una botella de agua bendita para que le protegiese de las cosas malas. El pobre hombre aceptó el agua bendita y hasta hizo una pequeña donación a la misteriosa monja. Esta, con sus ojos pequeños y penetrantes miró otra vez al hombre y susurró unas palabras que parecían ser en latín. El hombre no sospechó nada porque sabía que los clérigos estudian latín.

Al anochecer, después de dar las buenas noches a su viejo y fiel amigo Fizz, el hombre tomó un trago de esa botella misteriosa. De repente, se durmió y, al mismo tiempo, se despertó en un mundo oscuro, sin color, sin forma, que no tenía nada que ver con el mundo

Las demás palabras

simple y tranquilo al que estaba acostumbrado. Se despertó en una dimensión desconocida, interminable, rodeado de criaturas feísimas, de color negro.

No oía nada, ni siquiera el murmullo del lago que estaba frente a él. Se despertó en un mundo abstracto, rodeado de espejos, espejos que reflejaban cosas deformes, irreales. Cuando el pobre hombre miró al espejo vio una criatura que tenía solo un ojo, un ojo negro, en cuya pupila se podía ver un lago. Pero no era la imagen de un lago de agua sino lleno de llamas.



Sus manos tenían garras, y su cuerpo era como una pintura surrealista. En su espalda tenía esos malditos pájaros que comían algo de él. El hombre empezó a gritar pero todo el esfuerzo fue en vano porque no se oía nada en ese mundo tan frío y oscuro. A través de todas estas cosas inhumanas que le pasaban al pobre hombre, se podían ver en su ojos algunas características humanas como la transpiración que inundaba su ojo, la tensión y el espanto que se podían ver en el espejo.

Su único deseo era despertarse de esa horrible pesadilla, pero sólo si pudiera...

Mirándose en el espejo, asustado y abrumado, intentó tocar el espejo y se dio cuenta, estupefacto, de que el espejo le absorbía poco a poco. Viajó hasta un mundo peor en que no había nadie, ni siquiera una criatura de esas negras y feas. Ahora parecía que el hombre extrañaba a esas criaturas inexistentes. En este mundo no se veía nada, todo era de hielo y muy oscuro. Lo único que se parecía al mundo real era el sonido. El hombre oía voces superpuestas pero no podía responder a ellas. Las voces decían cosas sin explicación, pero que hacían al hombre -que ahora era una criatura aislada- temblar.

Intentó moverse, pero sus movimientos eran muy lentos y a través de su esfuerzo no llegaba a ninguna parte. En este mundo todo era pesado, el aire frío penetraba en cada uno de sus huesos. El hombre frío se sentía muy débil, como si las criaturas negras del primer mundo comieran su energía. Se sentía viejo, inútil, y sobre todo, cautivo, lo que no le gustaba nada. Cuando el agotamiento envolvió al hombre-criatura y estaba a punto de desmayarse, las voces se redujeron poco a poco hasta que se podía distinguir sólo una voz que susurraba:

-Son las seis de la mañana ¡despiértate!

Entonces el hombre se despertó como si no hubiera pasado nada, en su cama de lino colorado, junto a su fiel amigo y compañero de piso, Fizz, que esperaba algo de comer. El hombre se conformó, dio de comer a su amigo y a las aves y, cuando se preparaba para ir al trabajo, alguien llamó a la puerta.

El hombre abrió la puerta y vio frente a él a la monja, vestida de blanco. Al verla, todo lo que habría sufrido el pobre hombre volvió

a su mente. La transpiración inundó su cara y sus ojos se ennegrecieron inmediatamente.

Quería decirle algo a la monja, pero no podía hablar, como si alguien o algo le parara y no le diera permiso para hablar. El hombre miró sus manos, miró a la monja en sus ojos cristalinos y en ellos vio al hombre-criatura, con sus garras, con su espalda llena de esas criaturas horribles, y sobre todo, el ojo inundado de perdición, de soledad. El hombre se sintió de nuevo débil pero el ladrido de Fizz le despertó de ese estado .

La monja le preguntó con una serenidad extrema si el apartamento en que vivía era el número 19. El hombre le respondió, muy agitado y balbuceando, que no, que él y su perro vivían en el número 20. Entonces la monja le pidió mil disculpas y le dijo que había confundido los pisos y no era él a quién buscaba. El hombre quedó estupefacto al oír todo esto y se quedó boquiabierto cuando la monja le pidió la botella de agua bendita.

Después de este encuentro, el hombre se mudó a una casa sin número para que nunca le buscara la misteriosa monja. Ahora vive con su perro, después de ganar mucho dinero con la novela que escribió, en la pequeña isla de Ibiza.

Alina Leonte
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

La casa azul

Tenía una vida normal. Cada día, después de despertarme, solía ir a trabajar. Todo era tan banal que yo quise, sólo por una vez, sentir un poco de adrenalina. Tal vez debía conformarme con lo que tenía, con mi vida insignificante y desierta. Debía saber mejor que, cuando pides algo, lo recibes diez veces, pero en el peor de los sentidos.

Era un sábado por la mañana, y como cada fin de semana planeamos una excursión con un grupo de compañeros. Un pequeño viaje a la “Casa Azul”. Era conocida en la zona como la más tranquila y retirada pensión. Sabía que me esperaba un fin de semana relajante, lejos de mis problemas diarios.

Junto a mis tres compañeros, hicimos las maletas y nos despedimos, aunque fuera por un pequeño período, de la contaminación atmosférica de la ciudad.

La carretera hasta la “Casa Azul” estaba llena de agujeros, pero la vista ofrecida me hizo olvidar cada sacudida del coche. Hacía buen tiempo y el sol acariciaba con sus rayos cada flor del campo. Supe que estábamos dejando la ciudad porque todo estaba más animado, el aire más fresco y el ambiente más relajado. Di un mordisco a mi sándwich, cuando empecé a ver el pico del tejado de la “Casa Azul”, detrás de la colina que habíamos subido.

Al principio pensaba que el nombre de la pensión había sido escogido por razones misteriosas, que jamás habría descubierto, pero era obvio que habían escogido ese nombre debido al color predominante de la pensión: el azul. Parecía gracioso. Habían pintado incluso el borde del camino que llevaba a la pensión en azul.

Enfrente de la casa vi un gran jardín lleno de rosas, cuyas espinas brillaban en la luz del sol como si fueran algunos ángulos preparados para rasgarte.

Después de bajar del coche empecé a caminar a paso lento, admirando las rosas rojas como la sangre del camino de mármol

que llevaba a una puerta grande de madera, por supuesto, azul. Mirándola con atención, vi que era bastante espantosa –estaba decorada con inscripciones extrañas sobre los bordes y tenía dos grandes ojos en el centro. Si no lo supiera mejor, hubiera dicho que me estaban persiguiendo. Empecé a sonreír cuando me di cuenta de que mi mente me hacía trampas. Pero no era posible que esos dos ojos raros me persiguieran.

Sacudí mi cabeza esperando poder trascender el mundo real y toqué a la puerta.

Finalmente, dos hombres pequeños abrieron. Puede que fuera paranoia o a lo mejor esos ojos se habían quedado en mi mente, pero me parecieron ser los ojos de los hombres que me habían dado la bienvenida.

Después de saludarnos, nos dieron a cada uno las llaves de nuestras futuras habitaciones. Estaba ansioso de ver mi “pequeño nido” de descanso. Mientras subía las escaleras vi la decoración de la casa. No demasiado antiguos, pero pasados de moda, los pequeños detalles completaban, de un modo extraño, pero también gracioso, el nombre de la casa. Azul, todo que me rodeaba era azul.

Mi habitación, además de ser azul, tenía una chimenea grande enfrente de la cama. Era preciosa, pero sabía que no la necesitaríamos en el mes de julio.

Después de acostumbrarme a ese color, decidí pasear un poco por los rincones de la pensión. No esperaba encontrar gran cosa aunque en alguna parte de mi subconsciente deseaba encontrar un poco de aventura. Salí de mi habitación y empecé a caminar despacio por el aquel corredor que llevaba a las escaleras. En mi camino, vi los cuadros colgados en la pared. Uno de ellos me llamó la atención de una manera diferente. Retrataba a un hombre encerrado en una jaula de metal. Me resultó cautivador, pero al mismo tiempo espantoso. De cualquier modo, no creía que fuera el cuadro adecuado para una casa de huéspedes. Me acerqué para analizarlo mejor, pero, de pronto –quizás por culpa de mi imaginación– vi la mano del hombre del cuadro agarrando la varilla de metal de la jaula. Un poco asustado, pero convencido de que

todo era solamente el fruto de mi imaginación, dejé el cuadro en paz y seguí mi camino.

Pero, por si no fuese suficiente el estremecimiento que todavía sentía a flor de piel, el chirrido de las escaleras me trajo un nuevo signo de interrogación ¿Por qué? Porque me acordé muy bien de que antes, al subirlas, no se oía ningún ruido.

Empecé a pensar que no era mi imaginación la culpable de lo que había visto o escuchado. Efectivamente, algo muy raro estaba pasando en esa casa y aunque sentía el miedo haciéndose hueco en mi corazón, decidí no abandonar mi plan hasta no descubrirlo todo.

El sol se ocultaba sobre la línea del horizonte como si fuese perseguido por la supremacía de la luna. En la luz deslumbrante de la noche, la pensión estaba rodeada por un aire misterioso que el día apenas podía intuir.

No sabía qué iba a encontrar —o si había algo que encontrar— pero decidí empezar mi aventura en la sala de cuadros. Caminaba de puntillas para no despertar a los demás cuando reparé en que los cuadros, de un lado al otro, contaban una historia. El primero de la derecha presentaba a un hombre alegre que estaba a punto de entrar en una casa azul. Continuando la historia en colores vivos, los otros exponían, cronológicamente, al hombre durmiendo en su habitación y después, bajando las escaleras. El siguiente era el mismo que el que había visto antes —el del hombre enjaulado—. Entonces me di cuenta de que algo raro había pasado porque faltaban dos cuadros: el del centro y el último.

Decidí dejar de mirar los cuadros y seguí paseando por el corredor hasta las escaleras. Puede que fuera a causa de la noche, pero me pareció que los peldaños estaban ahora resbaladizos. Con un paso tímido, empecé a bajarlos. Los árboles que se veían por la ventana se imprimían como unas sombras efímeras en las escaleras. Giré la cabeza para asegurarme de que eran solamente los árboles tambaleados por el viento, cuando vi una sombra volando enfrente de la ventana. Aunque más tarde me di cuenta de que era un búho, en ese momento estuve bastante afectado y perdí el equilibrio. Por el miedo a caerme al suelo, intenté con todas mis

Las demás palabras

fuerzas agarrar el pasamanos de las escaleras y el candelabro sujeto en la pared. Pero en cuanto agarré el candelabro, las escaleras se abrieron por el medio y me caí en el oscuro abismo.



No sé en concreto cuánto tiempo había pasado, cuánto tiempo había permanecido inconsciente en el suelo. No sabía dónde me encontraba y la última cosa que recuerdo es el momento cuando me había caído por el medio de las escaleras. En un momento de locura, me eché a reír. Me sentía como un personaje que había caído por el hueco de un conejo. Pero no, no era ningún personaje de los cuentos, ni un héroe de una película, era yo... y todo era

bastante real. En aquel momento, cambié la risa por el miedo. De pronto, me levanté y vi que el lugar parecía un corredor con muchas luces azules. Pensé que mi única salida se encontraba en alguna parte al final del corredor, así que me propuse caminar hasta el final del túnel.

Después de un tiempo, vi una luz lejana. Me apresuré creyendo que había encontrado la salida, pero en cuanto llegué más cerca vi que se trataba de otra habitación que tenía en el centro una jaula de metal. Me acerqué a ella como una abeja que ha encontrado el más dulce y perfumado néctar. La puerta estaba abierta como si estuviese esperando a su próxima víctima. Aun así, no sé por qué, creí como un tonto que no pasaría nada si lo intentaba investigar un poco más de cerca. Pero en cuanto toqué la barra de metal, una fuerte sacudida, seguida por un ruido parecido a una alarma, me llevó a retirar la mano y buscar una salida o, por lo menos, una guarida. Desgraciadamente, no encontré siquiera un agujero de ventilación para escaparme.

Detrás de mí, en el corredor, oí unos pasos acercándose. Traté de esconderme pero el único refugio que había en la habitación era la jaula de metal, que seguramente no ofrecía ningún abrigo. Aun así, en un momento de debilidad, entré en la caja y cerré la puerta.

Lo único que me quedaba era esperar indefenso en el fondo de aquella prisión a que “alguien” o “algo” apareciera. Y de hecho, no pasó mucho tiempo hasta que vi dos figuras translúcidas, azules, saliendo del túnel. Sentí por un momento que mi vista me engañaba. Nunca en mi vida había visto algo tan raro. El asombro de mi rostro era cada vez más obvio y el sudor había inundando todo mi cuerpo. Me sentí paralizado cuando una de esas “figuras” se me acercó, balbuceando palabras incoherentes. No sé qué pasó, pero de pronto un deseo ardiente de tocar a ese “ser” me hizo extender la mano, por la reja de metal. Puede ser que mi subconsciente estuviera demasiado cautivado con “la aparición”, así que no vi a la otra acercándose a la jaula de metal. Sorprendido, volteé mi cabeza hacia atrás y vi un mecanismo situado en la dirección de mi cuello. Antes de reaccionar de cualquier modo, una pequeña aguja con un líquido translúcido llegó a mi nuca y lo único que recuerdo es la sensación candente que pesaba sobre mi cuerpo y los ojos de ese ser.

Me desperté como de una pesadilla y miré confundido a mi alrededor. Por un instante no supe dónde me encontraba, pero después me di cuenta de que estaba en mi cama, en mi casa. Extendí mi mano instintivamente hacia mi nuca, pensando que la quemazón estuviera aún presente... pero nada. Me miré después en el espejo, pero vi que no tenía ninguna huella en el cuello, ninguna prueba de que todo lo que había vivido fuese verdad. Empecé a creer que todo había sido un sueño, surgido por mi deseo de tener algo palpitante en mi vida.

Encendí el televisor y constaté que era domingo por la tarde. Nada fuera de lo común, hasta que recibí una llamada. Era uno de mis compañeros con los cuales había ido, “en mi sueño”, de vacaciones. Después de hablar por teléfono, y después de las preguntas de mi compañero, que no sabía por que me había marchado tan pronto, me di cuenta de que las escaleras, los cuadros, la jaula y los seres extraños habían sido realidad.

A pesar de que me creía valiente, no tuve el valor de regresar a la “Casa Azul”, pero empecé una investigación personal. Busqué personas que habían pasado por algo similar. Después de algunos meses de investigación, concluí: estos seres translúcidos robaban la dignidad y dejaban solamente la tristeza a su alrededor. Una vez al año, ellos hacían experimentos sobre los seres humanos y les quitaban un poco de su ADN para crear un elixir de la inmortalidad. Por supuesto que eso no es para nosotros, sino para sus criaturas.

Por un lado, podría decir que ese experimento fue beneficioso porque, si no fuera así, no se lo podría contar ahora.

Mis investigaciones han servido y servirán a todas las personas que no saben lo que oculta la noche. La noche lo devora todo, convirtiendo los bosques y los campos en sombras. Es fácil imaginarse algo que vuela por delante de la luna o confundir el grito de una maldita criatura con el de un búho.

Florentina Moroşan
Colegio Nacional "Iulia Hasdeu", Bucarest

La herencia

Juan entró despacio en la casa; era la primera vez que hacía eso después de la muerte de su padre. La casa estaba abandonada, en mal estado por haber estado poco habitada tanto tiempo. Por estar hecha de madera, las escaleras crujen como si en cualquier momento se pudieran quebrar y si pisas demasiado fuerte tienes la extraña sensación de que pronto vas a llegar al sótano que se encuentra debajo de ellas. Al entrar, Juan vio todos los muebles cubiertos, llenos de polvo, lo que hacía de la casa un lugar inhóspito y en ese momento sintió que el ambiente de la casa era muy tenso; había algo en la casa que no lo dejaba estar tranquilo. Las ventanas estaban sucias, casi no se podía ver nada a través de ellas, y en algunos cuartos hasta tenían varias fisuras.

De pronto, Juan oyó un ruido, muy parecido al de un violín; pero la casa estaba vacía y además él era el único que tenía las llaves. Asustado, recordó que ésa era la misma canción que su padre cantaba frecuentemente cuando él era sólo un niño. Se dio cuenta de que el sonido se escuchaba con claridad desde el desván y sintió la necesidad de averiguar lo que estaba pasando. Cuando llegó allí, la canción ya no se podía escuchar... Era como si la persona que tocaba el violín hubiera cesado, porque sabía que alguien estaba muy cerca. Juan abrió la puerta del desván y vio que no había nadie en aquel lugar; revisó casi todos los rincones del cuarto para encontrar por lo menos un rastro o una huella de alguien que había estado allí, pero no encontró nada.

Al principio, pensó que se trataba de un simple producto de su imaginación y que estar en la casa que una vez fue habitada por su padre le despertó recuerdos que él percibió como si hubieran sido reales, pero que en realidad no acontecieron. Pronto iba a darse cuenta de que en verdad esas cosas acontecían debido a un motivo muy fuerte. En ese momento quiso salir del desván pero, de repente, la puerta se cerró de una

manera violenta como si algo o alguien no lo dejara irse y quería hacer todo lo posible para evitar que eso ocurriera. Después, una cosa cayó al suelo haciendo mucho ruido. Era el viejo violín de su padre, que había estado sobre un cofre; su padre lo había dejado así con el propósito de volver a tocar una sola vez más su canción favorita.

Al tomar el violín de su padre entre sus brazos, sintió la necesidad de abrir el cofre para ver qué es lo que tenía dentro; otra vez, alguien o algo casi lo empujaba indirectamente, le animaba la curiosidad para descubrir un gran secreto. Cuando abrió el cofre, encontró un montón de papeles antiguos. Después de revisarlos, Juan se dio cuenta de que eran los papeles de la casa, y notó que su padre había hecho muchos esfuerzos para comprar esa casa; hasta había tomado prestada una gran cantidad de dinero. El pobre hombre se había esforzado toda su vida para pagar su deuda y para dejarle algo a su único hijo. Conmovido, empezó a llorar... Simplemente no quería recordar la forma en la cual murió su padre. La herida de su corazón aún era muy reciente.

Su padre había muerto en esta misma casa, en el baño. Juan lo había encontrado tirado en el suelo en un charco de sangre con una pistola en la mano derecha; un solo tiro, una sola bala, lo suficiente para poner fin a la vida de cualquier persona. Los policías cerraron rápido el caso: suicidio, porque la pistola tenía sus huellas dactilares y además la encontraron en su propia mano.

Juan pensó que su padre se suicidó porque todavía tenía una deuda muy grande, pero al mirar otra vez los papeles se dio cuenta de que faltaba una cantidad insignificante para terminar de pagarla por completo. En el momento en el que murió su padre no tenía ese dinero, pero lo podía haber entregado cuando iba a recibir su sueldo, así que ese no era un motivo suficiente para cometer semejante barbaridad; pero lo hecho, hecho está. A Juan sólo le queda ahora resignarse. Todo lo que vive, muere; todo lo que nace, encuentra su fin.

Juan salió del desván; ya no recordaba los acontecimientos raros de la casa, pero al bajar las escaleras vio a una persona vestida de blanco que estaba en la parte inferior de las escaleras, en el pasillo que se encontraba frente a la entrada de la casa;

bajó un escalón más para llegar al pasillo, pero se asustó mucho porque en un momento de descuido la figura que había visto desapareció, esfumándose. Entonces él se dio cuenta de que había visto un fantasma. Su cuerpo empezó a temblar perdiendo el control y casi en toda la casa se podía sentir un frío que le llegó hasta los huesos; ya no sabía qué hacer y pensó que era sólo una alucinación. Desde que murió su padre, había tenido varias pesadillas que no lo dejaban dormir tranquilo y por eso pasaba las noches en vela. Sintió que se estaba volviendo loco, su corazón latía cada vez más fuerte, pero intentaba calmarse un poco; cuando volvió en sí, fue a buscar un abrigo.



Sólo había dado dos o tres pasos, mientras, por la casa, se escuchaban varios ruidos como si allí estuvieran varias personas;

uno estaba corriendo, el otro era perseguido y al final los dos se metieron en el cuarto de baño y empezaron a luchar; después Juan oyó claramente un disparo y, por instinto, fue a ver lo que aconteció. Cuando entró en ese cuarto vio por un segundo que un hombre estaba amenazando a su padre con matarlo y después le disparó en la cabeza. Al ver esta imagen, Juan se quedó helado; no podía moverse y ni siquiera intentaba hacerlo. En ese momento se dio cuenta de que su padre no quiso morir, sino que alguien lo había matado y había limpiado todo tipo de rastros y hasta hizo parecer que todo no fue nada más que un suicidio.

Ahora sabía la verdad y tenía la obligación de encontrar al criminal de su padre. Fue a la comisaría de policía y pidió que se hiciera de nuevo otra investigación porque él estaba convencido de que alguien había matado a su padre; pero para que los policías empezaran una nueva investigación, él necesitaba pruebas contundentes, porque no podía decir cómo se había dado cuenta de la verdad. De repente, se le ocurrió una idea y habló con el jefe de policía que había dirigido la investigación de la muerte de su padre. Juan le trajo los documentos de la casa, le mostró la deuda que tenía su padre y el resto que aún debía pagar. Según Juan, el criminal de su padre era el hombre al que su padre le debía el dinero y lo había matado porque quería más dinero de lo que le correspondía. Sabía que su padre no se quitó la vida porque, si eso hubiera pasado, la bala habría destrozado su cara, pero se notaba que la bala fue disparada desde una distancia como de medio metro porque la bala perforó su frente hasta llegar al cerebro y matarlo casi instantáneamente.

El policía habló con el médico forense y al entender que la teoría de Juan podía ser real, empezó una nueva investigación e interrogó al hombre que le prestó dinero al padre de Juan. Como el padre de Juan murió a las tres de la madrugada, el acreedor dijo que a esa hora estaba en su casa, durmiendo, y que por eso no tenía testigos que atestiguaran que lo que él decía era cierto. Prácticamente no se podía probar que él era el responsable, que él había cometido ese crimen, pero tampoco era seguro que fuera inocente, puesto que era el único sospechoso. Entonces el policía le preguntó si estaba dispuesto a hacer el test con el detector de mentiras. El sospechoso se negó a hacer el test y fue interrogado varias horas hasta que finalmente confesó que él había entrado

en la casa para amenazar al viejo para que le diera más dinero y al ver que no le podía sacar nada, lo mató y borró todas las pruebas que lo incriminaban, haciendo que todo pareciera un suicidio, como si el hombre hubiera decidido quitarse la vida.

El criminal fue juzgado y condenado a catorce años de cárcel. Juan sentía que su padre lo había guiado, para que la verdad saliera a la luz y para que su asesino fuera castigado conforme a las leyes; para que él descansara en paz. En la casa ya no se podía escuchar ningún ruido extraño; todo había vuelto a la normalidad. Incluso Juan había cambiado. Ahora ya había superado la muerte de su padre y poco a poco arregló y redecoró toda la casa: cambió las ventanas, pintó las paredes, hasta compró muebles para todas las habitaciones de la casa. De vez en cuando pensaba que no le faltaba nada para ser completamente feliz y quería formar una familia; aún era joven, pero le gustaban mucho los niños, hasta tenía planeado tener por lo menos dos: un niño y una niña, para que el chico protegiera a su hermanita cuando ella fuera mayor. Por ahora no podía cumplir esos planes porque no tenía una novia, pero empezó a salir más y conoció personas que se convirtieron poco a poco en amigos muy valiosos.

No se había cumplido la condena del criminal pero por su buena conducta, después de siete largos años de prisión, fue liberado. Sin embargo, este hombre no cambió; la mala vida de la cárcel y las condiciones en las que se vio obligado a permanecer durante estos años lo endurecieron aún más, quitando de su alma cualquier rastro de bondad; ese hombre llevaba la muerte en la sangre, no se arrepentía del crimen que había cometido, y tampoco sentía remordimientos. A veces tenía un comportamiento extraño, porque se dejaba llevar por sus emociones y actuaba bajo sus impulsos y sus arrebatos.

El mismo día en el que ese hombre salió de la prisión se quebró el espejo que Juan tenía en el baño sin que nadie lo tocara o le hiciera algo; después de unos días lo sustituyó por otro nuevo. Después de ese día, Juan notó que en su casa pasaban varias cosas fuera de lo común: varios objetos desaparecían de

su lugar habitual y aparecían en otros muebles y en otras partes de la misma habitación. Un día Juan se dio cuenta de que la cruz que se encontraba en la pared del pasillo había sido colocada en la misma pared con la única diferencia de que estaba al revés. Esa semana no recibió a nadie en la casa, por lo tanto descartó la posibilidad de que esos fenómenos fueran hechos por alguien conocido y además sus amigos no hacían este tipo de bromas pesadas y, si lo hubieran hecho, seguramente le habrían avisado.

Juan se dio cuenta de que todas estas cosas eran señales de su padre, que intentaba decirle algo, pero no sabía o más bien no tenía la capacidad necesaria para descifrar el mensaje que ocultaban; por eso le era más fácil ignorarlos. Al ser cada vez más frecuentes, le provocaba a Juan una cierta inquietud su estancia en la casa. Un viernes, por la mañana, Juan salió de prisa de la casa para irse al trabajo, porque ya se había retrasado unos cinco minutos. Después de que cerrara la puerta de la casa, dio un paso más y en un segundo su camisa se manchó de sangre. Desde el cielo había caído una paloma blanca justo delante de él; estaba llena de sangre como si algo la hubiese atacado provocándole una herida profunda que luego, en unos instantes, le causó la muerte. Juan ya no tenía tiempo para cambiarse de ropa y se fue así a la oficina.

Al llegar a la casa después de un día agotador, lo primero que él hizo fue meterse en la ducha para limpiarse. Al estar allí, no oyó a alguien que abrió la ventana de la planta baja y entró invadiendo su propiedad privada. Tal vez era un ladrón, porque sólo este tipo de gente, que tiene algo que esconder, entra por otras partes de la casa y no por la puerta principal. No cabe duda de que la vida da muchas vueltas y que en estos días más vale prevenir que llorar... El misterioso hombre subió lentamente las escaleras con el propósito de que nadie se enterara de su presencia en la casa. Entró en el baño. Juan ya había terminado y salió de la ducha. Al ver el rostro del hombre que había entrado en su casa, se quedó helado, inmóvil como un parálítico; el terror se había apoderado de todo su cuerpo, se sentía atrapado, como un condenado delante de su verdugo. En ese momento se dio cuenta, de repente, de que se iba a llevar a cabo, de nuevo, la última imagen que su padre había visto antes de morir...

Alina Gavril
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

La sombra de un alma perdida

“En esta batalla no gana nadie. Todo el mundo tiene algo que perder. Algunos pierden su vida, otros partes de su cuerpo; algunos pierden a sus familias o a sus novias, otros la cabeza... y yo... yo empiezo a perder mis recuerdos y mi destino.”

Así pensaba José cuando no podía dormir. Era de noche. Y todo estaba muy oscuro. Y sentía que estaba muy cansado porque todo el día había abierto trincheras con sus camaradas. La verdad es que no quería dormir. ¿Por qué? Porque sentía miedo... miedo de que hubiera podido soñar con algo horrible y aquella cosa horrible parecía tan real en los sueños. Además, los enemigos... uno nunca sabe cuándo atacan. ¡Ay! ¡Cómo quería salir de las trincheras y gritar al mundo entero que esa guerra era simplemente inútil! ¿De qué sirve luchar como locos si nadie gana de verdad? ¿Luchar por qué? ¿Por el honor y el prestigio de su país? ¡Tonterías! Pero a sus reyes, que habían puesto en acción tal guerra, ¿les importaba que muriesen almas inocentes? La respuesta era siempre no. Aunque sabía que su opinión no valía nada para con sus superiores, dentro de su corazón sentía que su tormento tenía justificación.

Los días pasaron y la guerra se había vuelto más intensa que nunca. José había aprendido ya la rutina de cada día. Lo que era más difícil para él y sus camaradas era el frío... aquel frío que parece querer matar no sólo la vitalidad del cuerpo, sino también la esperanza que vive en los corazones. Desgraciadamente, cada día, todo el ejército español sentía que la victoria estaba más lejos que nunca.

Los soldados todavía confiaban en su suerte. Menos José, que se refugiaba dentro de sí mismo en su intento de mirar todo aquel campo de batalla como un espectáculo trágico.

“Y ahora me pregunto: ¿quién ha escrito el guión? ¿Qué cabeza tan enferma habría podido imaginar una cosa tan horrorosa? ¿Y por qué elegir la muerte como personaje principal? Esta muerte

no tiene lógica en sus acciones. No, creo que no. Es ingenua en su actuación como una doncella de alta cuna. Pero despiadada como una mujer con experiencia que tiene el sentido de su poder. Ella te elige a ti, no tú a ella...”

Era al amanecer cuando José se durmió de repente con esos pensamientos. Y tuvo un sueño muy extraño: estaba en su pueblo, en su casa, con sus padres y se fueron todos a dormir porque ya era de noche. Cuando se metió en la cama, oyó un golpe muy fuerte en la puerta. Ese golpe se repitió varias veces. Nadie contestaba. Pero cuando fue a abrir la puerta, vio que fuera había una mujer muy guapa, elegantemente vestida. Sus ojos eran de un azul turbio. Y su cara era blanca como el hielo. Algo le decía que no debía abrir, pero un impulso violento le llevó a hacer lo contrario.

Y en aquel instante escuchó un grito. Se despertó. Y se sentía como un hombre fallecido. Asustado, se puso a buscar un casco de espejo que usaba para afeitarse de vez en cuando, para mirarse y convencerse de que estaba vivo. Lo encontró. Y cuando lo llevó a su cara vio que su ojo derecho mostraba miedo y que su sien estaba cubierta de gotas de sudor. Y en aquel momento sintió que había perdido algo, pero no se daba cuenta qué era.

Para olvidar aquella pesadilla, José acompañó en la madrugada a sus camaradas, que hacían los servicios diarios. Y logró escapar durante un par de horas, hasta que recibió una carta. Era un telegrama de su hermana. Le decía que su madre había muerto. Un dolor agudo inundó su cuerpo. Por su madre luchaba, porque por ella quería tanto regresar a casa. Y ahora... ¿Ahora qué? Ahora se sentía vacío por dentro. Y pensó de nuevo en su sueño.

A José le gustaban mucho los cuentos de piratas. Desde que era un niño quería navegar los mares y ser el capitán de un barco famoso. Y soñaba que lucharía contra otros piratas y ganaría, de esta manera, mucha fortuna y riqueza. La verdad es que a él no le interesaban las cosas mundanas, como el oro, por ejemplo, pero el prestigio de ser el más valiente y el más poderoso capitán de los piratas aumentaba su orgullo personal.

También recordaba que en su niñez jugaba con sus amigos e imaginaba situaciones con batallas entre piratas. Su padre le

había hecho una espada muy bonita con la cual triunfaba siempre. Sus amigos lo envidiaban mucho porque nadie tenía una espada tan hermosa como la suya.

Su padre había sido un hombre de verdad. Y muy religioso. En su pueblo no había nadie como él porque su sabiduría era única. Tenía también creencias políticas. Y dio su vida por ellas. José recordaba con dolor cómo su padre fue asesinado por ser el único lunático que hablaba de una palabra muy docta, “democracia”, en un universo donde el absolutismo era el rey supremo.

José no sabía por qué pensaba en esas cosas en un día tan horrible como ese. Probablemente por haber encontrado algo similar entre la guerra en la que luchaba ya desde hacía ocho meses y los juegos de su niñez, cuando quería ser un pirata. Ese pensamiento trajo una sombra de sonrisa en su cara, que le pareció muy extraña e inadecuada al mismo tiempo. ¿Cómo sonreír en medio de una batalla? ¿Cómo pensar en algo que trae felicidad a tus ojos, mientras tus camaradas yacen muertos a tus pies?

Sus pensamientos se volvieron negros. También a causa de una explosión que tuvo lugar en una trinchera que estaba cerca de la suya y que rellenó el aire con barro rojo. Y vio como sus camaradas perdían la energía y escuchó los gritos de miedo y desafío ante la muerte.

Pero después atacaron al ejército enemigo y su ofensiva tuvo un éxito inesperado. Lograron ganar terreno y el frente estaba ahora en el espacio del enemigo. Por haber dado una batalla victoriosa, recibieron por la noche comida caliente y té, lo que calentó las almas de los soldados. Por lo menos hasta la madrugada, el peligro quedaba lejos. Además, nuevas compañías vinieron a ayudarles porque en aquella zona el conflicto y las batallas eran las más intensas.

José comió un poco pero el dolor de una herida penetrante en una de sus rodillas le obligó a buscar un trapo para vendarla. Lo peor era el frío que penetraba en cada hueso de su cuerpo y llegaba hasta su corazón, que latía rápidamente.

“¡Maldita herida! ¡Maldita guerra! No sé si va a acabar alguna vez. Es más probable que acabe con nosotros antes de que termine. Esta guerra es eterna. Estoy seguro de que si todos los soldados mueren, la guerra continuará sin ellos. Una batalla entre armas. O, ¿por qué no?, entre espadas...”

Aquella noche el sueño de José fue muy turbulento. Hablaba de cosas raras y mencionaba a su padre. Le decía que quería encontrarlo para que le hiciera una nueva espada. Porque la gran batalla estaba muy cerca.

El día siguiente, no pasó nada notable. El viento ya no soplaba tan fuerte, lo que trajo alegría a los jóvenes que obedecían a las leyes de la guerra. José se había retirado en un rincón porque se comportaba de forma extraña. Parecía que quería dar órdenes. José se sentía muy triste porque muchos decían que estaba loco. ¿Loco? ¿Él? Es inadmisibile juzgar tan duramente a un hombre cuando hay individuos con muchos más problemas que él.

El destino de la guerra iba ahora a favor del ejército español. El nuevo general era un buen estratega militar y bajo su mando los españoles no perdieron ninguna batalla. Se estimaba que no iba a durar más de tres meses. Sin embargo, la situación estaba todavía al borde del abismo para los españoles.

Cuando el general vino a hablarles en persona sobre la batalla decisiva que tendría lugar dentro de una semana, José mostró una fuerte reticencia y recordó de nuevo aquel sueño. Parecía que los ojos del general mostraban el mismo azul de hielo que los de la mujer del sueño. Y sus palabras eran para José como un puñal que insiste con varios golpes en el mismo lugar...

Entonces se vio de nuevo en el espejo... No estaba muerto. No. Al contrario, estaba lleno de vida y sabía que su tripulación lo necesitaba. Debía ser un ejemplo para sus hombres, así que en aquella última batalla les iba a mostrar que merecía su título: el título de capitán.

Los días corrían y el momento decisivo llegó. Desde el amanecer las tropas hicieron todas las preparaciones necesarias y el campo de batalla esperaba su tributo. José abrió sus ojos y cuando salió de su cabina fue alegre a ver que el mar estaba tan tranquilo. Por lo menos de momento. Sus marineros habían preparado el armamento. Y estaban a la espera de sus órdenes. No pasó mucho tiempo y la batalla comenzó. El buque del enemigo era fortísimo pero José les gritaba a los hombres que aumentaran el fuego. Sus orejas sentían la agitación de las astillas y veía el latido del mar cada vez que una nueva explosión ocurría.



Y, de repente, vio de nuevo a la mujer del sueño. Era más guapa que nunca y paseaba por encima del mar. Lo estaba llamando. Pero José sentía que aquel fantasma no podía ser real. Aunque hizo esfuerzos para convencerse de que un capitán de piratas no debería creer en esas tonterías, su pelo largo y moreno y sus labios rojos, que contrastaban con su cara blanca, lo desarmaron. Y, dejando el arma, José salió de la trinchera y se arrojó en los brazos de aquella mujer... el mensajero de la muerte. Cuando el cañón lo linchó, José estaba por encima de su cuerpo. Viendo su ojo, lleno de temor, y las gotas de sudor que denunciaban su espanto.

José perdió todo en aquella guerra. Primero perdió a su familia, después la cabeza y, finalmente, perdió su vida. Murió como un Don Quijote, arrojándose en los brazos de su propia fantasía.



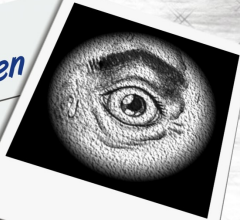
Universitatea
Ștefan cel Mare
Suceava

Facultatea de Litere și Științe ale Comunicării
Departamentul de Hispanistică

Más que palabras

concurso de relatos en español
primera edición

La historia de una imagen



*¡Participa! Envía tu relato antes
del 15 de mayo de 2010*

Consulta las bases en:

<http://reder-esp.blogspot.com/>



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN RUMANÍA

Si tienes alguna pregunta, escribe a:
concurso.masquepalabras@gmail.com

Con el apoyo de:

